



“Historia”

p. 331-406

Juan A. Ortega y Medina

Obras de Juan A. Ortega y Medina, 7. Temas y problemas de historia

María Cristina González Ortiz y Alicia Mayer (edición)

México

Universidad Nacional Autónoma de México
Instituto de Investigaciones Históricas
Facultad de Estudios Superiores Acatlán

2019

712 p.

ISBN 978-607-02-4263-2 (obra completa)

ISBN 978-607-30-1390-1 (volumen 7)

Formato: PDF

Publicado en línea: 1 de junio de 2020

Disponible en:

http://www.historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/704/temas_problemas.html

D. R. © 2020, Universidad Nacional Autónoma de México-Instituto de Investigaciones Históricas. Se autoriza la reproducción sin fines lucrativos, siempre y cuando no se mutile o altere; se debe citar la fuente completa y su dirección electrónica. De otra forma, se requiere permiso previo por escrito de la institución. Dirección: Circuito Mtro. Mario de la Cueva s/n, Ciudad Universitaria, Coyoacán, 04510. Ciudad de México



Historia

331

Los españoles hicimos un nuevo descubrimiento de América [...]. Por fortuna, lo que hay de español en esta América nos ha permitido conciliar la reivindicación de los valores españoles y la fidelidad a ellos con la adhesión a los americanos.

José Gaos

La apertura mexicanista de José Gaos

Hacia fines de la década de los treinta y antes del primer arribo de intelectuales españoles o, para ser más precisos (de acuerdo con nuestro propósito) antes de la llegada del filósofo José Gaos (1938), el panorama historiográfico de México, heredero en su mayor parte de la corriente filosófica y metodológica positivista, presentaba una interesante pentafurcación temática. Cinco escuelas atraían la atención de los lectores y realizaban la reconstrucción del pasado, adoptando cada una de ellas posiciones exclusivas de interpretación que las hacía chocar entre sí y dirimir, incluso ásperamente, sus seculares y politizadas querellas: la tendencia tradicional, entre erudita y romántica, proclive por herencia directa a la consagración del mundo colonial, estaba representada brillantemente, entre otros importantes historiadores, por Federico Gómez de Orozco, Rafael García Granados, Manuel Toussaint, Julio

Jiménez Rueda y, en parte, por Pablo Martínez del Río y Carlos Pereyra, este último desde el exilio en Madrid; la corriente indigenista, opuesta por principio y por ascendencia liberal a la anterior (hispanista), tenía por representantes más conspicuos a Manuel Gamio, Alfonso Caso y Miguel Othón de Mendizábal, todos ellos estimulados por los investigadores extranjeros (norteamericanos y alemanes principalmente); la neopositivista estaba encabezada por Joaquín Ramírez Cabañas, reforzada bien pronto por el entonces joven historiador Silvio Zavala, llegado de España con su flamante doctorado conseguido en la Universidad Central (Madrid) bajo la experta, eficaz y afectuosa guía de don Rafael Altamira: la seudomarxista, muy combativa, encabezada por Luis Chávez Orozco, Rafael Ramos Pedrueza y Alfonso Teja Zabre, cuyo método de investigación era positivista si bien estaba orientado por un confuso materialismo histórico en sus comienzos, y por último, la prehistoricista, representada por una polémica y solitaria figura, Edmundo O’Gorman. De España provino con la emigración intelectual una nueva escuela interpretativa encabezada filosóficamente por José Gaos y operada históricamente por Ramón Iglesia. Junto con ellos llegaron otros historiadores de reconocido prestigio internacional; pero sólo los dos indicados traían en sus alforjas la concepción circunstancionalista y vitalista desarrollada por Ortega y Gasset, cuyo historicismo consistía en la toma de conciencia o autognosis relativa al papel que representan las ideas en el desenvolvimiento histórico-cultural del hombre. Se trata, para decirlo de una buena vez, de la llamada historia de las ideas, que encontró en un principio una terca resistencia por parte de los historiadores profesionales ateniéndose a la ciencia y rankeianamente a *lo que verdaderamente pasó*,¹ de acuerdo con las fuentes documentales seleccionadas; o bien, para decirlo positivamente con Guillermo de Humboldt, que sirvió de inspiración teórica y práctica a Leopoldo Ranke, *was sich wirklich zugetragen hat* (lo que de hecho aconteció).

La nueva concepción histórica aportada indagaba la profundidad y expansión de las ideas dentro de una sociedad determinada y asimismo la relación de ellas con los intereses, necesidades, instintos e impulsos del individuo y del conglomerado social.²

1 *Wie es eigentlich gewesen ist*.

2 Cfr. José Luis Abellán, *La idea de América. Origen y evolución*, Madrid, Istmo, 1972, p. 14.

Las ideas reflejan las vivencias del hombre; lo que éste ha hecho o lo que ha soportado a lo largo de su devenir histórico. Los hechos no son independientes de las ideas, como afirma Gaos; pero éstos, prosigue el crítico, no se reducen a ellas; las ideas son unos hechos diferentes de los demás, pero no aparte de éstos. Frente a la historia concreta (social, política y económica) la historia de las ideas resulta más difícil de determinar puesto que intenta, en tanto que vida real, conocer la conciencia intelectual de una cultura, de un grupo o de una clase.

De los dos españoles citados líneas arriba, el historiador al pisar tierra mexicana traía ya consigo una cierta conciencia americanista abonada con sus trabajos y ediciones de los cronistas e historiadores de Indias; pero el filósofo solamente contaba con un conjunto de concepciones y teorías y con un nuevo método consistente en analizar las ideas o los grandes sistemas filosóficos desde el punto de vista del circunstancialismo histórico.

Más de una vez ha sido contado y no está por demás repetirlo, aunque sea por enésima vez, que la presencia de Gaos en México le sirvió a éste para comprender que la lucha del hombre hispanoamericano por la libertad y por la emancipación política era la misma que la que la España liberal había estado sosteniendo desde tiempo atrás, aunque sin éxito, por independizarse de sí misma. España era, según él, la única nación del mundo hispánico que “del común pasado imperial queda[ba] por hacerse independiente, no sólo espiritual, sino políticamente”.³ Motivo de sorpresa y satisfacción fue para él encontrar aquí en esta, nuestra América, la coincidencia de los grandes maestros hispanoamericanos (Rodó, Martí, Vasconcelos, Ramos, Caso, etcétera) con los no menos grandes maestros y críticos españoles como Larra, Ganivet, Costa, Unamuno, Ortega, puesto que unos y otros habían hecho tema crucial de sus meditaciones respectivas la propia realidad nacional, allende y aquende el océano, ambos a una, habían experimentado la misma preocupación y autónomamente, sin ponerse previamente de acuerdo, se habían dedicado con ardua energía a reivindicar los valores nacionales propios. Esta toma de conciencia angustiosamente crítica tenía por objeto alcanzar la identidad plena, hasta entonces oscurecida o minusvalorada por causa de nuestra marginalidad frente al éxito progresista de las naciones occidentales más desarrolladas. Hispanoamericanos y españoles mediante una dramática autognosis intentaban

3 José Gaos, *Pensamiento de lengua española*, México, Stylo, 1945, p. 28.

la salvación de sus circunstancias para poder así salvarse también ellos; y lo habían llevado a cabo intuitivamente y sin contar, salvo Ramos, con la posterior consigna salutífera formulada por el maestro de Gaos, el filósofo Ortega y Gasset. La circunstanciación implica un desasosiego histórico, una indagación de la historia intelectual de dicha idea, una preocupación por lo propio, por la historia de esa circunstancia y de su evolución.⁴

Llegado Gaos a México, su primera salvación circunstancial será la de sentirse a la vez un hombre de allá y de acá, un “transterrado”, neologismo acuñado por él y con el que quiso expresar su identificación con la nación mexicana (“patria de destino”) sin renunciar a la propia (“patria de origen”).⁵

Gaos, que conocía bien el pensamiento español relativo al tema de la grandeza y la decadencia de España, así como la terapéutica crítica aplicable a éste, va a estudiar el mismo tema: pero referido ahora al que desveló a los intelectuales hispanoamericanos del siglo XIX y de buena parte del XX: América y su terapéutica regeneradora. Advierte no obstante que para poder curarse de la decadencia no vale la fórmula de rehacerse según un presente extraño (modelo norteamericano, inglés o francés) y que, por lo mismo, hay que volver la mirada a lo propio e intentar “rehacerse según el pasado y presente más propios con vista al más propio futuro”,⁶ pues el pasado, nuestro pasado, no es constitutivo; una realidad viva y presente y, por ende, no inmutable. “Porque no es absolutamente pasado. Porque si lo fuera no tendría realidad alguna. La realidad del pasado está en lo que es, aun siendo pasado, tenga todavía de real, de presente en el presente”.⁷

Esta aproximación, redescubrimiento o americanización de Gaos da por resultado, al igual que para el resto de los intelectuales transterrados, una valoración que desde España era casi imposible percibir y mucho menos adquirir; porque no es lo mismo *saber* de la América española que *vivir-la* y comprender sus posibilidades de futuro: la unidad del mundo hispánico.⁸

4 Cfr. José Luis Abellán, *Pensamiento...*, p. 113.

5 José Luis Abellán, *Filosofía española en América (1936-1966)*, Madrid, Guadarrama, 1967, p. 23-24.

6 Vid. “Carta abierta a Leopoldo Zea”, en José Gaos, *En torno a la filosofía mexicana*, México, Alianza Editorial Mexicana, 1980, p. 140.

7 “La historia de la filosofía en México”, *ibidem*, p. 70.

8 Cit. Carlos Martínez, *Crónica de una emigración (La de los republicanos españoles en 1939)*, México, B. Costa-Amic, 1959, p. 333.

La obra del profesor español en México (libros, ensayos, clases facultativas y seminarios en la Universidad Nacional Autónoma de México y en El Colegio de México) ha contribuido más que la de ningún otro colega suyo en el transcurso al acercamiento cultural entre españoles e hispanoamericanos; al conocimiento de los mutuos valores y, por ende, al enriquecimiento de unos y otros.

El contacto intelectual de Gaos con el estudiantado de México y de otros países iberoamericanos fue, sin duda, el más fecundo que jamás un profesor hispánico haya tenido, no sólo por la cantidad de jóvenes formados bajo su sabia dirección, sino por la calidad de los trabajos y estudios histórico-filosóficos que tales discípulos realizaron. Más aun, se puede afirmar que gracias a la labor extraordinaria del profesor hispano la renovación provocada por la historia de la historia de las ideas ha afirmado y afinado la conciencia de nuestra identidad continental hispanoamericana. Del seminario de Gaos surgió la obra de Leopoldo Zea, el discípulo más prometedor y querido del maestro, *El positivismo en México, Apogeo y decadencia del positivismo en México, América en la historia*, amén de otros muchos más escritos por el prolífico Zea (*Ciencia y posibilidad del mexicano, Dos etapas del pensamiento en Hispanoamérica, Esquemas para una historia de las ideas en Iberoamérica y Latinoamérica y el mundo*, por mencionar algunos) que se proyectaron sobre la América española y promovieron en ella la toma de conciencia de la que son concreta realización hispanoamericanista, sobre el tema general de la historia de las ideas en América, la obra de Arturo Ardao, para Uruguay; la de Guillermo Francovich, para Bolivia; la de Humberto Piñera, para Cuba; la de João Cruz Costa, para Brasil; la de Jaime Jaramillo, para Colombia; la de Angélica Mendoza, para Estados Unidos; la de Rafael Heliodoro Valle, para Centroamérica; la de Mariano Picón-Salas, para Venezuela; la de José Luis Romero, para Argentina; la de Luis Oyarzún, para Chile, y otras muchas más de diversos autores que sería prolijo reseñar.

También fue Zea promotor y director del grupo filosófico “Hiperion”, que asimismo inspirado por Gaos, no sin cierta reserva por parte de éste, desarrolló y ahondó en el tema de la *filosofía de lo mexicano*, Zea encontró también un vehículo expresivo para la divulgación temática y creó la serie editorial México y lo Mexicano, en donde fueron apareciendo algunas de las mejores reflexiones mexicanistas de la inteligencia consagrada y de la que aspiraba a serlo.

Recordando José Gaos a sus discípulos y amigos, escribe que su acción magisterial sobre los primeros y profesional sobre los segundos repercutió en

él, en su propio desarrollo, haciéndole madurar: etapa decisiva de su magisterio.⁹ Después de Zea, discípulo casi exclusivo suyo, siguió la generación que Gaos llama de *los historiadores*, de los historiadores de las ideas en México: Victoria Junco, *Algunas aportaciones al estudio de Gamarra o el eclecticismo en México*; Bernabé Navarro, *La introducción de la filosofía en México*; Monelisa Lina Pérez-Marchand, *Dos etapas ideológicas del siglo XVIII en México, a través de los papeles de la Inquisición*; Luis Villoro, *Los grandes momentos del indigenismo en México*; Francisco López Cámara, *La génesis de la conciencia liberal en México*; Olga Victoria Quiroz Martínez, *La introducción de la filosofía moderna en España*; Vera Yamuni, *Conceptos e imágenes en pensadores de lengua española*; Carmen Rovira, *Eclécticos portugueses del siglo XVIII y algunas de sus influencias en América*.

El propio maestro echará su cuarto a espadas y publicará *En torno a la filosofía mexicana* (1952-1953) y *Filosofía mexicana en nuestros días* (1954). La segunda generación estuvo constituida fundamentalmente por los hiperiones (Ricardo Guerra, Joaquín Mac-Gregor, Jorge Portilla, Salvador Reyes Nevares, Emilio Uranga, Fausto Vega y Luis Villoro, incorporado al grupo) “todos, curiosamente –escribe Gaos– aunque sea en diversas variedades, de la especie de la agudeza y arte de ingenio”. Incluso alguno, prosigue el maestro, “tiene ingenio, sin que ello le impida tener además, mal genio”.¹⁰ También los amonesta por las “proclividades políticas” de todos ellos, que lo hace temer “por la obra intelectual que serían capaces, tan excepcionalmente capaces de llevar a cabo”. Todavía más, Gaos no sabe si rogar a Dios o conjurar al Diablo cuando vista la promoción en conjunto la ve informada por el “vedetismo”.¹¹ Y, en efecto, el maestro español no se equivocó, pues la mayor parte de los miembros del grupo renunció a lo más difícil y ha malgastado sus fuerzas y capacidades en beneficios políticos ancilares o en el periodismo de escape compensatorio. Uno de los jóvenes de este grupo, tal vez el más inteligente de ellos y acaso al que se refería José Gaos, reaccionando contra éste (no tomando en cuenta la regla tradicional de discrepancia y superación acordadas obligatoriamente al buen discípulo, sino atacándolo a mansalva, a lanzazo a moro muerto) escribió contra su maestro, ya

⁹ Gaos, *En torno a la filosofía...*, p. 168.

¹⁰ *Idem*.

¹¹ *Ibidem*, p. 168-169.

fallecido, un artículo que más que un enjuiciamiento crítico es un lamentable y hasta rencoroso desahogo.¹²

La última generación es la denominada de los *hegelianos*, menos brillante que la anterior; “pero no por ser sus aptitudes inferiores sino por ser, juntamente con su carácter, de otro sesgo”.¹³ Gaos esperaba de ella que hiciera entrar “a la filosofía mexicana definitivamente en la etapa de la normalidad colectiva y no dependiente de la genialidad personal, y del intercambio regular con la filosofía *strictissimu sensu* internacional”. Nos parece, sin embargo, que el pronóstico de Gaos, deduciéndolo de los efectos alcanzados, resultó por desgracia fallido.

Dos de los más queridos amigos de José Gaos, Edmundo O’Gorman y Justino Fernández, y asimismo otro alumno de la promoción primera, Manuel Cabrera, expresaron más de una vez lo que debían al maestro y se declararon sus discípulos: pero Gaos con toda modestia reconoció que los tres ya nombrados estaban formados, como lo demuestra la orientación toda de la obra ya publicada y de la que de ellos iba a seguir. No obstante, los enfoques filosóficos, historicistas, heideggerianos y vitalistas perceptibles en las obras de estos dos distinguidos historiadores muestran a las claras la huella profunda que las exposiciones y escritos del maestro había dejado en ellos; véase si no la impronta de Gaos en investigaciones tan profundas como la *Coatlícue* de Justino Fernández o *La invención de América* de Edmundo O’Gorman, para sólo citar dos libros notables entre la vasta producción de ambos autores.

Dejando ahora a un lado las preocupaciones histórico-filosóficas mexicanistas de Gaos y el tema para él crucial, que no hemos abordado en páginas atrás, sobre la validez del pensamiento hispanoamericano ensayista, literario (Ortega, Rodó, Unamuno, Caso, Vasconcelos, etcétera), el cual puede, según él, parangonarse con las obras asistemáticas de los ilustrados del siglo XVIII o con los escritos posteriores de los Schopenhauer, Nietzsche, Kierkegaard y Sartre, todos ellos filósofos y demás finos y artísticos literatos,¹⁴ nos sentimos abocados a examinar la obra póstuma del profesor español,

12 Vid. Emilio Uranga, “José Gaos: personalidad y confesión”, *Cuadernos Americanos*, México, año XXVIII, v. CLXVI, n. 5 (septiembre-octubre 1969).

13 Gaos, *En torno a la filosofía...*, p. 169.

14 Cfr. José Gaos, *La filosofía en la Universidad*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, Facultad de Filosofía y Letras, 1956 (Colección Filosofía y Letras, 8), p. 170.

*Historia de nuestra idea del mundo.*¹⁵ Este extraordinario libro ha sido posible gracias a la dedicación de uno de los últimos alumnos de Gaos, Andrés Lira, quien recopiló las notas, los apuntes y los desarrollos de clase del maestro, acumulados a lo largo de sus 31 años de apostolado magisterial y magistral en México. Como escribe el compilador y editor citado,

Gaos [dejó] gran cantidad de escritos inéditos. Datan de los primeros cursos que impartió en las universidades españolas, a las que suceden prácticamente sin interrupción, los que escribió en México [...]. Miles de cuartillas llenas de letra apretada y clara son un desafío para la empresa editorial, pues no es poco el trabajo que hay que tomarse para seleccionar, acomodar y poner en forma de libro lo que Gaos escribió pensando más en la expresión oral que en la escrita.¹⁶

Este manuscrito que el lector tiene hoy en sus manos, transformado en manejable y cómodo libro, está formado por las lecciones que el maestro español preparaba con meticulosidad increíble para cada sesión o clase: tiene además el mérito de ser una fiel imagen del método empleado por el autor en su acceso y despliegue de la historia de las ideas; en este peculiar caso nada menos que las más determinantes para la concepción y comprensión de nuestra idea del mundo.

Este libro está dividido en dos grandes secciones: la llamada primera parte comprende el desarrollo historiográfico de la idea medieval del mundo a la idea moderna de éste: la segunda, abarca de la idea moderna a la idea contemporánea y nuestra del mundo. La clave del libro o, como escribe su editor, “la unidad del curso, se encuentra en el profundo análisis de la idea medieval del mundo (tema de las lecciones 2, 3 y 4 de la primera parte) que sirve para explicar el cambio de la idea moderna y de la idea contemporánea y nuestra”.¹⁷ Es decir, el concepto del pasado como realidad vital que nos constituye y vive en nuestro presente, según analizamos páginas atrás, es la que nos permite, de acuerdo con Gaos, entender la edad moderna y contemporánea a partir de

15 José Gaos, *Historia de nuestra idea del mundo*, México, El Colegio de México/Fondo de Cultura Económica, 1973.

16 *Ibidem*, p. V.

17 *Ibidem*, p. VII.

la comprensión previa del mundo medieval. La base de esta intelección la halla el lector en el análisis histórico-estético-religioso de la Catedral de Chartres; en el minucioso estudio analítico de la *Summa theologica* de santo Tomás de Aquino y en el examen exhaustivo teológico, didáctico, histórico, poético, épico y escatológico, por supuesto, de la *Divina comedia*.

Resulta increíble este libro por lo que significa de conocimiento profundo y analítico de las obras decisivas y provocadoras, paso a paso, del proceso irreversible hacia la contemporaneidad: la Reforma protestante (Lutero y Calvino); la Contrarreforma (Cano y San Ignacio); la ciencia moderna (viajes y descubrimientos, Copérnico, Bruno, Galileo, Newton, Huygens y Dalton); la filosofía de la ciencia moderna (Kant); el derecho de gentes (neoescolástica española, Grocio); el Estado absolutista (Maquiavelo y Hobbes); el Estado liberal (Locke y Voltaire); los Estados y sus leyes (Montesquieu y Rousseau); la moral y el teatro (Molière); la historia y la religión (Bossuet y Condorcet); la *Crítica de la razón pura* y de la *razón práctica* (Kant y Fichte); la razón y la realidad filosóficas (Hegel); la razón y la realidad literarias (*El Quijote*, el *Fausto* y el arte). Como puede verse, esta primera parte implica por parte de Gaos las razones del mundo moderno surgidas en oposición del medieval. El análisis de obras y autores es colosal, exhaustivo y luminoso: enciclopedia básica del saber esencial del mundo moderno que nos lleva de la mano a la síntesis del contemporáneo (segunda parte), desde la evolución infrahumana, humana y sobrehumana a las expresiones artísticas y técnicas de nuestro tiempo, pasando por supuesto por todos los *ismos* filosóficos, religiosos e históricos (corpúsculos, ondas, cibernética y tecnocracia) moralismo, catolicismo, existencialismo, etcétera).

No existe en toda la literatura política y científico-filosófica actual un libro que, como el de Gaos, nos dé dramática cuenta y razón prolijas de nuestra cultura y civilización occidentales; pero el defecto capital de la obra, y vamos a utilizar para hacer esta crítica una idea favorita del profesor hispano, es estar escrita en español; una lengua que hoy por hoy no está respaldada por el poderío y el ascendiente políticos que le permitiría universalizarse. Como escribía Nebrija a fines del siglo XV, el idioma es compañero del imperio (prestigio y dominio político-económicos, diríamos hoy) y en faltando éste a nuestra multinacional cultura de lengua española, todos los esfuerzos, y no sólo el de Gaos, quedan casi reducidos al ámbito coloquial-parroquial, sin que traspasen la barrera idiomática y sin que el público internacional tome conciencia de ellos.

Predicando con el ejemplo

Ramón Iglesia

Nació Ramón Iglesia y Parga el 3 de julio de 1905 en Santiago de Compostela (España). A los 15 años –tras haber cursado y aprobado brillantemente el currículum bachilleril– pasa a estudiar a la Universidad de Madrid, se licencia en Filosofía y Letras (Sección de Historia) y a los 25 años ingresa en el Centro de Estudios Históricos de la capital. Viaja por Francia, Alemania, Dinamarca, Suecia y Noruega, amplía sus estudios y da cursillos y conferencias en las principales universidades europeas; de regreso a su patria reanuda sus investigaciones históricas en el centro ya citado, donde se le encarga la dirección de la Sección Hispanoamericana, y ocupa además la secretaría de la revista *Tierra Firme*, órgano o portavoz de dicha sección.

De 1932 a 1936 prepara la edición científica de la *Historia verdadera de la conquista de la Nueva España*, de Bernal Díaz del Castillo, que queda sin publicar, por el momento, a causa de la guerra civil española, aunque en 1940 el flamante Instituto Fernández de Oviedo la editará omitiendo el nombre del crítico; es decir de Ramón Iglesia, cosa que pesará a éste durante toda su vida.

La contienda civil transforma al historiador en capitán del Estado Mayor del ejército republicano: experiencia histórico-vital terriblemente inolvidable para Iglesia, que lo dejará traumatizado para todo el resto de su vida. Tras la derrota de la República Española viene la diáspora, el éxodo de cientos de miles de españoles, y entre ellos el desalentado historiador y excapitán, que arriba a Veracruz en junio de 1939 (*Sinaia*), pero que ya viene psíquicamente herido de muerte.

Ya en la capital mexicana, Ramón Iglesia reinicia su carrera profesional en la Escuela de Verano de la UNAM y en la Casa de España, que para 1941 es refundada y pasará a ser El Colegio de México bajo la dirección del generoso humanista mexicano Alfonso Reyes, y se le encarga la cátedra de Introducción al Estudio de la Historia, desde donde inicia una verdadera cruzada en rescate de una historia que yace prisionera de la interpretación y la metodología positivistas, o, por mejor decir, científicistas.

Algunos de sus antiguos alumnos, hoy día y con poquísimas excepciones, sobresalientes historiadores (Ernesto de la Torre, Alfonso García Ruiz, Carlos

Bosch García, Manuel Carrera Estampa, Sol Arguedas, Fernando B. Sandoval, Enriqueta López Lira, etcétera) coinciden en destacar los valores carismáticos que como profesor poseía Ramón Iglesia. Fue hombre entusiasta en extremo de su profesión; hombre bondadoso, imaginativo, de trato llano y de sólida formación humanística. Era riguroso desde el punto de vista metodológico; pero no lo era menos desde el artístico, dándose así a la apasionada tarea de corregir los errores interpretativos de sus seminaristas, mas sin dejar de retocar, por ello, los dislates estilísticos. Inculcaba el maestro español a sus alumnos, que el nuevo quehacer histórico debía estar en estrecho y fresco contacto con la vida; que el historiador debía esforzarse en la vitalización y humanización de sus tareas específicas, porque, añadía él, “el estudio de la historia no era un trabajo de cal y canto sobre el cual habría de erigirse la Historia como una estructura inmutable, sino que era más bien como un juego de perspectivas, o como haces de luz entre nubes”.¹⁸ Desde el punto de vista de Ramón Iglesia se trata de hacer una historia interesada fundamentalmente en los significados humanos que poseen los hechos históricos. La pregunta fundamental se refiere a la inteligibilidad del pasado; se interpela en función del ente vivo y cierto del pasado: el hombre. Al historiador debe exigírsele no tan sólo sapiencia, sino también, fundamentalmente, simpatía y comprensión, sin las cuales la historia se convierte en mera arqueología. Más aun, la justificación de los hechos dependerá de la peculiar perspectiva del observante historiador. Este perspectivismo historicista, crítico-histórico, de raíz orteguiana fue comprendido y adoptado por nuestro historiador, y él mismo en más de una ocasión aludirá a su procedencia, dándonos a entender que la tarea del historiador debe consistir, en este punto, en la aplicación del perspectivismo filosófico de Ortega y Gasset al territorio de la historia. *El problema de nuestro tiempo* será, por consiguiente, para Ramón Iglesia la observación de la realidad histórica desde una determinada perspectiva o circunstancia. Ésta, en tanto que componente esencial de la realidad histórica, opera de tal forma que dicha realidad será siempre cambiante, distinta, como distintos y cambiantes son los puntos de vista o enfoques crítico-históricos. Esto quiere decir, si es que interpretamos correctamente a Iglesia, que la verdad histórica es múltiple, de

18 Prefacio a la edición de L. B. Simpson, *Colombus, Cortés and other Essays*, Berkeley/Los Ángeles, University of California, 1969, p. 5.

acuerdo con los lugares y las épocas.¹⁹ Siendo como es la historia el conocimiento más cercano a la vida, síguese de aquí que será la ciencia más expuesta a los cambios, variaciones y reflujos. Este juicio del historiador compostelano se complementa con sus dos razones acerca de la imposibilidad para la historia de sustraerse al medio en que se la escribe: en primer lugar por la inmersión del historiador en un ambiente que hoy es distinto del que era ayer, como también será distinto al de mañana; en segundo lugar, porque la tan apelada y socorrida imparcialidad histórica no existe ni ha existido jamás: el verdadero concepto de imparcialidad es un mito.²⁰ El punto de vista personal, la parcialidad, es factor ineludible en la apreciación de los hechos humanos y, por lo tanto, en su relato que es la historia. La *personal ecuación* de cada autor, prosigue Iglesia, tomando a préstamo la expresión de Ranke, el historiador más pretendidamente objetivo e imparcial, y su complejo de ideas y sentimientos condicionan su manera de mirar las cosas y no nos garantizan en modo alguno la solicitada objetividad.²¹ Los hechos que el historiador selecciona, organiza, relaciona e interpreta de acuerdo con su propio juicio se colorean y cambian a medida que cambian las épocas, países, culturas y hombres, porque cada generación busca una respuesta, un saber de sí misma, una comprensión, supuesto que el pasado al que se interroga no es, ni más ni menos, sino su propio pasado, lo que la constituye.

Nada ilustra tanto la concepción historiográfica de Ramón Iglesia que sus libros y ensayos. Para iluminar el punto nada mejor nos parece que aludir a su propio cambio de perspectiva trocando su admiración madrileña por la obra de Bernal, a costa de la de Gómara, en admiración mexicanista, por el libro de este último a costa de la obra del soldado cronista. El historiador español nos confiesa, con leal ingenuidad y creemos incluso que con alegre desparpajo y descargo, que en 1935, durante el XXVI Congreso de Americanistas celebrado en Sevilla, “rompió una lanza en favor de Bernal” y arremetió contra Gómara

19 “Consideraciones sobre el estado actual de los estudios históricos”, Lesley B. Simpson y Ramón Iglesia, *Dos ensayos sobre la función y la formación del historiador, con unas consideraciones sobre el estado actual de los estudios históricos*, México, El Colegio de México, 1944 (Jornadas, 51).

20 *Apud* L. B. Simpson y R. Iglesia, *Dos ensayos...*, p. 115 (“La historia y sus limitaciones”). También en José Gaos, *El hombre Colón y otros ensayos*, México, Fondo de Cultura Económica, 1986.

21 Simpson e Iglesia, *Dos ensayos...*, p. 116.

al que calificó de “panegirista de Cortés, adulator servil y no [se sabe] si alguna cosa más”.²² Efectivamente Iglesia insistió más de una vez en denunciar las “falsedades del clérigo”. En tanto que daba los últimos toques a su edición de Bernal, la figura del simple soldado y de sus compañeros de armas lo hacen rebajar “la grandeza señera y destacada del caudillo y convierte a la masa en agente principal de la epopeya. Es el pueblo mismo quien la lleva a cabo; es la masa la que está dotada de cualidades extraordinarias y únicas. En las páginas de Bernal palpita de continuo este aliciente de todos con el impulso de una meta común”.²³ Este juicio del historiador gallego adquiere su verdadero significado si tenemos en cuenta que se manifiesta en momentos cruciales de la política española, cuando la masa republicana, la izquierda, vive momentos de exaltación patriótica y de unidad preelectoral (1935) para constituir el famoso Frente Popular que al año siguiente obtendría el triunfo en las elecciones. Nada tiene, pues, de extraño que el Bernal forjado por entonces responda al febril entusiasmo político del historiador republicano y frentepopulista que fue Ramón Iglesia.

Ya en México el maestro, y en tanto que historiador transterrado, emprende nueva lectura de Gómara y se le iluminan pasajes antes oscuros o mal comprendidos. Poco a poco va aligerando la condena que pesaba sobre la *Historia de la conquista* del capellán de Cortés y sin rebajar los valores propios del soldado cronista procura ahora elevar al clérigo a la altura misma de aquél. La explicación de esto se debe, a nuestro modo de ver, a que las circunstancias que rodean ahora a Iglesia en México (1940) han cambiado respecto de lo que eran para él las de 1935 en España. Sobre la carne y el espíritu del historiador han hecho presa y dejado profunda huella la experiencia desalentadora de la derrota republicana y, sobre todo, las vivencias angustiosas del combatiente activo, valeroso, desesperado.

La perspectiva ha cambiado diametralmente; la realidad mexicana en la que ahora se halla inmerso, tan distinta a la de Madrid; la conciencia histórica popular de los mexicanos, que viven aún la conquista española del siglo XVI como si hubiera ocurrido anteayer; el contacto fecundo del historiador

22 En Ramón Iglesia, *Cronistas e historiadores de la Conquista de México*, México, El Colegio de México, 1945, p. 139.

23 En “Dos estudios sobre el mismo tema: I. Bernal Díaz del Castillo y el popularismo en la historiografía española y II. Las críticas de Bernal Díaz del Castillo a la *Historia de la conquista*, de Francisco de Gómara”, *Tiempo*, México, n. 6-7, junio-julio 1940, p. 482.

con la intelectualidad de México, con nuevos colegas y estudiantes, y, especialmente, su propia experiencia de militar improvisado lo hacen considerar y justipreciar en la admirable *Historia* de Gómara valores antes invisibles o desdeñados. El Cortés de la *Historia de la conquista de México* resplandece por sobre el casi apagado Cortés de la *Historia verdadera*; por contra, los soldados del medellinense heroico, casi desapercibidos de tan opacos como aparecen en la obra de Gómara, brillan en la crónica de Bernal a costa de la opacidad del caudillo. Y Ramón Iglesia llega a esta conclusión, según confiesa, “por haber leído ahora a Gómara con mayor atención”,²⁴ lo que le permitirá escribir caballerescamente un ensayo sobre Gómara que, por compensación, viene a ser “una lanza rota” a favor del capellán. Mas al año de haber escrito esto, Iglesia nos proporciona una pista mejor para comprender su propio cambio, su extraordinario giro relativista, su revalorización historiográfica perspectivista: “Nosotros –escribe– hemos pasado por el culto frenético de Bernal; también nos hemos indignado con quienes señalaban, no siempre con justicia, los defectos del libro: hoy lo vemos con mirada más tranquila *aleccionados por durísima experiencia*.”²⁵

La durísima experiencia, como comprenderá ya el advertido lector, no fue otra sino la de la Guerra Civil Española. Sobreponiéndose al comprensible pudor de no querer hablar de sí mismo, Iglesia se siente emocionalmente compelido a hablarnos de su participación en la guerra como combatiente y a indicarnos las consecuencias historiográficas que para él tuvo la aventura guerrera:

Pero la guerra estalló y me aprisionó, y de este modo adquirí una experiencia viva y directa de los problemas militares, una experiencia que todos los libros de historia del mundo no me habrían dado. Vi de primera mano lo que es la guerra, una piedra de toque para todos los valores humanos, a causa de que en la guerra estamos siempre bajo la opresión de la muerte, la cual en tiempos normales está fuera de visión. Vi la parte jugada por los comandantes, que sabían cómo mandar, y la parte repre-

24 Iglesia, *Cronistas e historiadores...*, p. 139.

25 Ramón Iglesia, “Introducción al estudio de B. Díaz del Castillo”, *Filosofía y Letras*, Facultad de Filosofía y Letras, Universidad Nacional Autónoma de México, México, n. 1, 1941, p. 128. *Cursivas nuestras*.

sentada por los soldados que sabían cómo obedecer y morir. Y vi también la profunda necesidad de establecer la jerarquía y la disciplina en un ejército, algo que habíamos olvidado, o acaso habíamos desdeñado en nuestra civilizada, liberal e individualizada sociedad. Y esto fue lo que hizo renovar mi concepción total de cierto número de problemas históricos, incluyendo en éstos el libro de Bernal. Después de la guerra releí su libro y leí más cuidadosamente que antes el texto de Gómara. Comparé las dos y obtuve conclusiones [...]. Aunque no acepto la exclusiva importancia que Gómara da a Cortés, reconozco ahora que la parte de Cortés en la conquista fue mucho más significativa que la que le otorga Bernal.

Creemos que con esta leal declaración, que hubiese resultado desacreditadora y ruinosísima para un historiador que hubiese sido Iglesia, es decir, para un historiador positivo, lo que él pretende es, ni más ni menos, ejemplificarnos su perspectivismo histórico. Él no canta la palinodia sino que nos da las razones existenciales que motivaron el cambio casi radical en su apreciación, a causa de su propia experiencia vital, su *Erlebnis*, como él mismo escribe.²⁶ No fue, por consiguiente, una simple acumulación de nuevos datos y de nuevas reflexiones y lecturas, “sino un cambio en [su] punto de vista”.²⁷ Un libro fundamental escrito por Iglesia es *El hombre Colón* (publicado en Madrid en 1930, cuando el autor cumplía apenas 25 años) que fue reeditado en México, por El Colegio, ocho años después, en donde hace gala de la nueva vía de comprensión emocional en el tratamiento de los personajes históricos, ya se trate del famoso Almirante o del no menos famoso Bernal Díaz. El Colón que nos presenta el historiador novel del Madrid de los años treinta es un personaje de carne y hueso, aligerado del peso de la admiración y beatería románticas, y desestatuizado y descendido, al nivel de la tierra, sin pedestales ni monumentos mitificadores, deshumanizantes. Empero, como escribe el que fue íntimo amigo y colega de Iglesia, el historiador norteamericano L. B. Simpson, el descubridor que nos presenta el historiador español, a pesar de su monomanía por encontrar oro y pese al rechazo total a admitir que no ha llegado a las proximidades occidentales de Asia, es un Colón más humano y

26 Cfr. “Dos estudios...” (prefacio), *Tiempo*, México, n. 6-7, junio-julio 1940, p. 38.

27 *Idem*.

comprensible, y por el que podemos sentir más simpatía.²⁸ De modo parecido, el Bernal de Ramón Iglesia es un nuevo Bernal, menos instrumental que el que es sólito presentar en tanto que antagonista de Cortés; pero es un personaje novedoso, ávido representante de la siempre insatisfecha neoaristocracia conquistadora. “Bajo este tratamiento”, seguimos utilizando a Simpson, “el ciego, sordo, empobrecido y a la vez digno de lástima Bernal Díaz del folklore –una caricatura dibujada por él mismo– desaparece y es reemplazado por un agudo, colérico y envidioso personaje, que emplea sus mejores cualidades para escribir la crónica más memorable de la Conquista. Y este retrato de Bernal Díaz, lejos de apartárnoslo, hace de él un hombre algo más atractivo e incluso admirable”.²⁹

Incluido en *El hombre Colón y otros ensayos* (1944) está un trabajo sobre “La mexicanidad de D. Carlos de Sigüenza y Góngora” cuyo objetivo es hacer patente que a los setenta años de la conquista de Anáhuac, la conciencia nacionalista mexicana hace acto de presencia en los *Problemas y secretos maravillosos de las Indias* del médico andaluz Juan de Cárdenas, que identificado plenamente con México contrapone la finura y la delicadeza del español nacido en la Nueva España con el bruto chapetín o gachupín recién llegado. Tras presentarnos Iglesia en primer término esta significativa anécdota, se refiere en seguida al sabio criollo don Carlos de Sigüenza y Góngora, que vivió dramáticamente la revuelta popular de los indios de la capital (8 de junio de 1692). “Don Carlos –escribe Ramón Iglesia– sale de su casa y cuando vuelve a ella es un hombre distinto, opuesto a todo lo que sabemos era antes”. Los admirados indios, los descendientes de la extraordinaria cultura prehispánica, tan alabada por el sacerdote, se convierten a sus ojos en la “gente más ingrata, desconocida, quejumbrosa e inquieta que Dios creó, la más favorecida con privilegios y a cuyo abrigo se arroja a iniquidades y sinsabores. No quiero proseguir cuanto aquí me dicta el sentimiento, acordándome de lo que vi y oí la noche del día 8 de junio”. Iglesia, recordando una vez más la experiencia española, reprochará la actitud de muchos de nuestros intelectuales, que se habían pasado la vida entonando alabanzas al pueblo español, para que valga la pena insistir en estos cambios de actitud.

28 “Prefacio del traductor” en la edición de Simpson e Iglesia, *Dos ensayos...*, p. VIII.

29 *Idem*.

Como los caballeros españoles y criollos no habían hecho acto de presencia para sofocar en sus comienzos el motín, sobre los escombros del palacio virreinal incendiado alguien clavó un pasquín que, según el historiador, no podía estar más justificado:

Este corral se alquila
para gallos de la tierra
y gallinas de Castilla.

Ramón Iglesia combatió leal, pero denodadamente, sin aflojar un punto, contra la historiografía cientificista (la culpable, según él, de haber estorbado el progreso de la historia de la Historia) y el cultivador de la misma, el historiador positivo. En dos ensayos prematuros, *La historia y sus limitaciones* y la *Orientación de las ciencias históricas* (los dos de 1940), y en un tercero más redondeado, definitivo y polémico, *Consideraciones sobre el estado actual de los estudios históricos* (1945), rechaza el maestro Iglesia el ideal deshumanizante de los historiadores cientificistas, que pretenden lo imposible: liberar a la historia del elemento personal; es decir, “de la deformación de los hechos, deliberada o no, que imprimen a sus relatos quienes en ellos han sido actores o testigos”.³⁰ No menos absurda es para Iglesia la consigna pseudolegal de la escuela historiográfica positivista, que pretende que los hechos hablen por sí solos; cosa de suyo imposible porque los documentos, las llamadas fuentes, no se expresan por sí mismos dado que “sus lenguas son múltiples según las personas que las manejan”.³¹ Todavía más, todo documento carga consigo una doble subjetividad: el gravamen de la intencionalidad de su autor y el de la selección realizada por el historiógrafo.

Condena asimismo Iglesia la propensión de los historiadores positivistas de convertir a sus alumnos en cazadores de documentos, en meros ratones de bibliotecas y archivos; en hacer de ellos ardillas incansables e infecundas, convencidas además de que la obra publicada en 1925 queda superada por la editada en 1945, tal como si se tratara, escribe Iglesia con ironía, de un

30 Ramón Iglesia, “Orientación actual de las ciencias históricas”, *Educación y Cultura*, México, VI, 1940, p. 325

31 Simpson e Iglesia, *Dos ensayos...*, p. 15.

nuevo modelo de automóvil.³² Y por si fuera poco, prosigue implacable el crítico, se imbuye a los alumnos que el valor de un libro de historia depende exclusivamente de la cantidad de autores citados, de la abundancia de notas y registros bibliográficos, de la profusión de índices analíticos. Y sumadas a estas aberraciones, acaso la mayor y más monstruosa: ponerlos de espaldas a la filosofía, a la literatura, al arte... a la vida.³³

Se comprende que estos combates por la historia le hicieron irrespirable el enrarecido ambiente académico de El Colegio, lo que unido a un excesivo trabajo, parva remuneración y estudiada indiferencia por sus trabajos lo orillaron a buscar refugio en diversas universidades norteamericanas. En Madison, Wisconsin, en donde leyó lo que fue su último ensayo, *The Old and the New in the Spanish Generation of 1899*, hizo crisis en él su propia situación anímica y la internacional respecto de su España, y buscó en el suicidio la salida liberadora para su gravamen íntimo que ya le resultaba extremadamente insoportable (5 de mayo de 1948).

José Miranda

Un exalumno de El Colegio de México, Julio Le Riverend Brusone, con motivo del libro-homenaje en memoria del fallecido maestro español, escribió que recordaba los muy lejanos días estudiantiles del año de 1946 en que comenzó con el doctor José Miranda, la que fue primera promoción de futuros historiadores del Centro de Estudios Históricos de El Colegio.³⁴

El profesor asturiano, “con su habitual cortedad, humilde y laborioso”, inicio sus clases para ayudar a los alumnos “a recorrer el siglo XVIII mexicano”. Invoca, Le Riverend, aquel momento, crucial para él, y pone como testigos, entre otros, a sus “hermanos” en la tarea diaria, Pablo González Casanova,

³² Cfr. “Orientación actual...”.

³³ Cfr. Simpson e Iglesia, *Dos ensayos...*, p. 12 y 14. Predicando Iglesia con el ejemplo editó los trabajos de sus seminaristas: *Estudios de historiografía de la Nueva España*, México, El Colegio de México, 1949. Siete monografías: “Cervantes de Salazar”, por H. Díaz Thomé; “Durán”, por F. Sandoval; “Muñoz Camargo”, por M. Carrera Stampa; “Herrera”, por C. Bosch-García; “Dorantes de Carranza”, por E. de la Torre; “Solís”, por E. López Lira, y “Clavijero”, por S. Le Riverend.

³⁴ Cfr. Julio Le Riverend, “Problemas del régimen de apropiación de la tierra”, en Bernardo García Martínez (ed.), *Historia y sociedad en el mundo de habla española*, México, El Colegio de México, 1970, p. 79.

que llegaría a ser rector de nuestra máxima casa de estudios, y Hugo Thomé,³⁵ destacado historiador. Es de justicia agregar a otros estimables historiógrafos, como Ernesto Chinchilla, que elaboró su tesis doctoral bajo la dirección de Miranda, Luis Muro, que realizó con el maestro varios viajes de trabajo, Pedro Carrasco, antropólogo que recibió asimismo la sólida formación histórica y metodológica, que revelan sus notables trabajos, bajo la sabia guía de don José, y Luis González, que mantuvo una estrecha amistad con su mentor desde 1946 y que sólo la muerte de éste pudo interrumpir (1967).

También los jóvenes editores del libro dedicado a honrar la persona y obra del fallecido maestro, *Historia y sociedad en el mundo de lengua española* (1970) recuerdan en las “Palabras preliminares” de éste, que “en 1964, Miranda, en plenitud de sus facultades, se enfrentó a una nueva generación de presuntos historiadores en El Colegio” (ocho en total), quienes tuvieron que soportar al “terrible” profesor, el cual “zarandeó, golpeó en las mesas, se exaltó y fue identificando a cada uno [de ellos] por sus peculiaridades personales”. “En el curso de ese año –seguimos con los editores– aprendimos a desechar un poco ese sacrosanto respeto debido a los ‘monstruos’, y el proceso terminó en seminarios que casi concluían a golpes”.³⁶ Por supuesto, la sangre no llegaría al río; pero los lectores poco habituados a tales vejámenes escolares *post mortem* podrían imaginar, con base en lo transcrito, que José Miranda fue uno de los profesores terribles para sus alumnos a cuenta de su irascibilidad crítica. Empero nada más lejos de esto, porque él fue poseedor de un amplio eros pedagógico que prodigó generosamente; un maestro modelo, pero sencillo, amable y celoso, eso sí, del método de investigación histórica, y, por lo mismo, regañón y hasta colérico cuando lo veía transgredido o mal empleado. Era, además, un hombre jovial que una vez finalizado su típico papel profesional de *magister dixit*, acogía calurosamente a sus alumnos, los invitaba a su casa, les obsequiaba manzanilla y les hacía escuchar discos flamencos y, supongo, alguna que otra “asturiana” por aquello de su amor por el terruño. El que esto escribe pudo personalmente gozar de su bonhomía y generosidad, cuando sin conocerlo apenas no tuvo inconveniente de proporcionarle un ensayo sobre Alejandro de Humboldt, que aún no había publicado y que aparecería meses después formando parte de un volumen sobre el viajero alemán pu-

³⁵ *Idem*.

³⁶ *Ibidem*, p. 2.

blicado por la UNAM: *Ensayos sobre Humboldt* (México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1962).

En aquellas tertulias, si bien terciaba, hacía remembranza el maestro –prosiguen sus alumnos– de hechos felices y aciagos vividos por él durante la Guerra Civil en España, de la que él era un testimonio viviente, puesto que estuvo incorporado al Ejército del Aire, si bien no participó en la lucha, pues se creyó más necesario que continuara en su puesto en la Universidad Central de Madrid.

En 1939, derrotadas las fuerzas republicanas, logra casi por milagro salir de España y embarca para Francia. Se establece en París y emigra en breve a Chile en donde reanudó sus actividades profesionales y dictó conferencias y dio cursillos. En 1940, reclamado por su hermano Faustino Miranda, notable biólogo, llega a México, se casa con la señorita María Teresa Fernández, distinguida historiadora y lingüista, adopta la nacionalidad mexicana (14 de diciembre de 1944) y se incorpora a la Universidad Nacional Autónoma de México y a La Casa de España, convertida poco después en El Colegio de México.

La amplia producción bibliográfica realizada por José Miranda fue publicada en, por y para México, como puede comprobarse ojeando la bibliografía recopilada por sus alumnos, inserta en el libro-homenaje ya citado e incluida también en el número 56 de la colección SepSetentas, intitulado así: *Vida colonial y albores de la Independencia*. Sólo un artículo de la larga serie, el marcado con el número 12, fue publicado fuera de México, en *Cuadernos de Madrid* (Madrid, 1939): “En torno a la decadencia de España”. De 1945 data la primera publicación mexicanista de José Miranda, *El método de la ciencia política*, con el que da comienzo al amplio y vivaz espectro de sus investigaciones. Para el autor las ciencias sociales deben fundamentarse en un conocimiento y análisis lo más exhaustivo posible de las fuentes históricas, que son las que pueden dar al investigador la clave de las transformaciones experimentadas por las sociedades humanas. El estudio de las fuentes de la época colonial mexicana, el análisis de los procesos históricos que motivan los cambios, darán al historiador, al antropólogo, al etnólogo y al sociólogo una nueva perspectiva, por cuanto ya no será definida la sociedad colonial por el exclusivismo superimposicionista de las formas culturales europeas sobre la civilización indígena, sino que habrá que considerarse en primer término la propia perspectiva de la sociedad prehispánica, para estructurar sobre ellas (tesis y antítesis) una síntesis comprensiva más

rica. De esta suerte, la sociedad colonial se presenta bajo esta nueva lente interpretativa de Miranda como un proceso dialéctico en el que la política, la economía y la concepción hispánica del mundo opera, influye y transforma a la sociedad indígena; pero ésta, a su vez, transforma, influye y opera sobre la sociedad colonial española. Por lo tanto, se trata más bien de una mezcla que de una superimposición.

José Miranda estudió jurisprudencia en la Universidad de Madrid, se licenció en 1926, amplió sus estudios en Francia y Alemania, y retornó a España para escribir su tesis doctoral y recibir, tras la defensa de la misma, el grado de doctor. Del estudio del derecho constitucional pasó al de la ciencia política y de aquí a la historia, interesándose dentro del campo de esta última en la historia económica. Por ello sus interpretaciones abarcan una extensa y rica gama de instituciones coloniales (políticas, religiosas, económicas). Una de sus principales obras, *Las ideas y las instituciones políticas mexicanas* (1521-1820), publicada bajo los auspicios del Instituto de Derecho Comparado de la UNAM (México, 1952), no es, como él mismo escribe, “historia propiamente dicha de las mismas, sino un cuadro inacabado e incompleto –un boceto– de su proceso general y sus caracteres principales”. Este bosquejo de 369 páginas abarca, en primer lugar, de acuerdo con su método, las raíces españolas (medievales) e indígenas (prehispánicas) del proceso; en segundo lugar, se analiza la época colonial, y en tercer lugar la época independiente. La segunda obra de Miranda, que ilustra asimismo muy bien su orientación histórica y metodológica, *Reformas y tendencias constitucionales recientes de la América Latina* (1945-1956), editada también por el instituto citado, en México, 1957, muestra, como la anterior, la forma jurídica del autor y la profundidad alcanzada por el historiador en el estudio de las instituciones y de las ideas que conforman a éstas.

En 1962, editado por el Instituto de Investigaciones Históricas de la UNAM, publicó José Miranda su hermoso libro sobre *Humboldt y México*. Se nos presenta el historiador como uno de los primeros autores mexicanos que analiza objetivamente, sin aspavientos ni admiración excesiva, la obra enciclopédica del científico alemán, alabando o criticando, según el caso, los aciertos y desaciertos del autor. Miranda rompe con la tradicional, congelante y enajenada admiración decimononochesca que sólo veía en el famoso barón al adorado redescubridor y demiurgo de México. Para el crítico, la creación del *Ensayo político* novohispano sólo pudo surgir de la feliz conjunción del

gran sabio con una Nueva España que ya había alcanzado el punto culminante de su desarrollo económico, cultural, técnico y científico, que era precisamente esto último lo que la conciencia liberal había sistemáticamente puesto en duda. De hecho, como sostiene Miranda, Humboldt y los hombres ilustrados novohispanos habían bebido en las mismas fuentes de la Ilustración europea. Pero nadie como Humboldt, prosigue el crítico, para analizar los aspectos sociológicos y económicos que dan valor al *Ensayo*, y nadie como él, añade, para alabar la ecuanimidad con que pronosticó muchas cosas que, sin duda, resultaban desagradables para la administración imperial y que el barón prusiano no tuvo reparos en denunciar.³⁷

Un tercer libro de José Miranda, *España y Nueva España en la época de Felipe II* (México, Universidad Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Históricas, 1962) presenta la característica metodológica ya indicada. En este caso se trata del análisis de las raíces españolas y su proyección, recepción y reestructuración en la colonia durante el siglo XVI. La figura dominante en ese siglo, Felipe II, hombre severo y acartonado; de personalidad gris, acomplejada e introvertida (p. 15) ejerce su burocrático influjo en la forja del reino novomexicano, doblando voluntades y sujetando la ideología a los requerimientos inexcusables de las necesidades reales de la producción y explotación económicas. Hace también destacar el autor el carácter burgués de don Felipe, cosa que puede extrañar al lector desprevenido; pero que Miranda justifica plenamente cuando define el absolutismo filipesco y, en general todo el absolutismo europeo de aquel tiempo, como un sistema de gobierno apoyado fundamentalmente por los intereses de la nueva clase burguesa: “Burgueses y monarquía se coaligaron sin ningún pacto expreso e incluso sin darse cuenta de ello”, escribe el maestro (p. 5). La historia del siglo XVI es la historia de las empresas conjuntas del absolutismo y la burguesía; empresas que darían amplios réditos a ambas; políticos a los césares, económicos y sociales a los burgueses. Mas Miranda hace también justicia al monarca racionalista e ilustrado que fue Felipe II; pero subrayando al mismo tiempo, al lado de esto, la subordinación llevada a cabo por el rey, de lo religioso a lo político. El llamado “Rey prudente” es para Miranda más que prudente indeciso; hombre tardo por naturaleza, como correspondía a su mediocre dotación intelectual, lo cual lo hizo

37 Véase José Miranda, *Humboldt y México*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Historia, 1962, p. 163-166.

desconfiado y receloso por causa de su complejo de inferioridad. Rey ingrato en grado sumo con sus servidores de aquende y allende el mar tales como, por citar unos cuantos, Alba, Requesens, Granvela, su propio hermanastro don Juan, los virreyes, Toledo y Velasco, y hasta un primado de España, Carranza.

Aunque brevemente, el historiador expone las causas económicas de la decadencia de España y termina estas 59 páginas de análisis histórico español haciendo un apretadísimo resumen de la contribución científica española en ese siglo al resaltar, sobre todo, el aporte hispano a la historiografía, a consecuencia de la incitación americana, porque, como escribe Miranda, “si España descubrió a América, América descubrió a España nuevos caminos y objetivos del saber”:³⁸ tal el caso de la originalidad y la trascendencia de la “revolucionaria” historiografía española del siglo XVI relativa al Nuevo Mundo; una historiografía, remacha el autor, que hace época (p. 58) y que debería señalarse como piedra miliar en la historia de la historiografía (Sahagún, Cieza, Zurita, Molina, Gamboa, Aguado, Fernández de Oviedo, Diego Durán, etcétera).

Entre la treintena de ensayos y artículos de José Miranda destacan los relativos al análisis económico de las instituciones coloniales como la encomienda, la mesta, la tributación indígena, etcétera: pero también hay otros muchos dedicados al examen de la legislación indigenista colonial, a la cohesión social de los pueblos indígenas en la época colonial, a la distribución de la población india, a la evolución cuantitativa y al desplazamiento de las poblaciones indígenas durante la Colonia. Todos estos trabajos y otros tantos más sobre la Ilustración mexicana (Clavijero), la evangelización y el erasmismo en México ponen de manifiesto la capacidad y la infatigabilidad del historiador español-mexicano José Miranda, empeñado en dramática lucha contra el colonialismo intelectual prefabricado a base de esquemas o modelos de tipo euroamericano. Como expresan tres de sus últimos discípulos, José Miranda ha venido a constituir, ya desde antes de su muerte, uno de los puntales sobre los que será posible intentar la reconstrucción integral de la historia de México y de América Latina.³⁹

38 José Miranda, *España y Nueva España en la época de Felipe II*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Historia, 1962, p. 55.

39 Los hoy historiadores Guillermo Palacios, Bernardo García Martínez y Andrés Lira, editores de José Miranda, *Vida colonial y albores de la Independencia*, México, Secretaría de Educación Pública, 1972 (SepSetentas, 56). La “Presentación” incluida en este libro nos ha servido bastante.

La herencia intelectual dejada por Miranda está dando sus frutos y la huella de su personal método de investigación ha quedado impresa no ya tan sólo en su copiosa producción historiográfica, sino también, y creemos que ello es lo más importante, en sus ex alumnos, cuyos trabajos muestran claramente hoy día el proceso de superación que, como buenos discípulos, están obligados a realizar.

Otro legado no menos valioso nos ha dejado el profesor e investigador José Miranda: si pudo escribir lo que escribió es porque pocos historiadores conocieron mejor que él la riqueza documental acumulada en los archivos mexicanos y españoles, y, sobre todo, la atesorada en el de Indias y en el Archivo General de la Nación. Sin investigación ardua y constante no es posible realizar ninguna aportación histórica, algo que a tal extremo y con tanta perseverancia, asiduidad y amor llevó a cabo nuestro historiador, que podemos decir, sin exagerar, fue el mejor modelo de sí mismo que pudo ofrecer a las generaciones de estudiantes de historia que lo tuvieron por maestro y guía.

El humanista, el teólogo y el erudito

Nicolau d'Olwer

Luis Nicolau d'Olwer (1889-1961) nació en Barcelona, estudió Derecho en la universidad de dicha ciudad y se doctoró en Filosofía y Letras en la Universidad de Madrid en 1910. Fue un intelectual prominente en el llamado Renacimiento de la Cultura Catalana, laborando en pro de él en sus libros, ensayos y conferencias. Ocupó la cátedra de Lengua y Literatura Latinas Medievales en la Universidad de Barcelona; mas atraído por la política dedicó buena parte de su tiempo a esta actividad desde su puesto de concejal del ayuntamiento barcelonés durante la dictadura del general Miguel Primo de Rivera. Con el advenimiento de la República (1931) destacó inmediatamente como uno de los puntales del nuevo sistema y ocupó a lo largo del sexenio liberal-republicano importantes y diversos cargos, hasta llegar a ser durante el éxodo embajador en México de la República Española en el exilio. Dejó este último cargo diplomático, adquirió la nacionalidad mexicana, casó con la exembajadora mexicana Palma Guillén y reanudó sus, hasta entonces, un tanto olvidadas actividades historiográficas, dentro de la nueva circunstancia y posibilidad históricas que le ofrecía su nueva patria y volvió a sus actividades de investi-

gador en El Colegio de México. Este viejo político y probado intelectual, cuyo entusiasmo por su Cataluña natal no aminoraba sino antes bien acrecentaba dentro de la línea renovadora españolista (Pedro Bosch Gimpera, Anselmo Carretero Nieva) la comprensión de los demás pueblos de las Españas, encontró justamente por causa de la circunstancia mexicana una más holgada y emotiva vía para el análisis crítico de la obra española en América. La expansión castellana en el nuevo continente (descubrimiento, conquista, evangelización, colonización, transculturación) tiene como antecedente medieval la presencia debeladora de Aragón-Cataluña en el Mediterráneo y en el Cercano Oriente, y precisamente el interés americanista de Nicolau d'Olwer por las crónicas e historias de las Indias forma perfecta pareja con su obra de 1926 relativa a *L'expansió de Catalunya a la Mediterrània Oriental*.

No deja de ser importante la contribución del maestro catalán a la *Historia moderna de México*,⁴⁰ dirigida por Daniel Cosío Villegas, quien encargó a un grupo de colaboradores, entre los cuales estaba Nicolau d'Olwer, los tomos VII y VIII relativos a *La vida económica*; pero son dos, principalmente, los estudios que con mayor entusiasmo emprendió éste y que culminaron con la publicación de sendos libros: *Fray Bernardino de Sahagún (1499-1590)*⁴¹ y *Cronistas de las culturas precolombinas*.⁴² Conocedor profundo de la crónica de Muntaner (1265-1336), mlite-cronista de una epopeya legendaria que tuvo por escenario las tierras de Bizancio, encuentra una indudable analogía –no expresa sino tácita– entre el lejano capitán almogáver y los capitanes y soldados cronistas del siglo XVI en las Indias. A Cortés al igual que a Bernal Díaz la civilización azteca los dejó no menos admirados y sorprendidos que al valenciano la suntuosa y decadente del imperio bizantino. Y lo mismo puede decirse de Hernando Pizarro y de Pedro Cieza de León frente a la civilización incaica. La extraordinaria pléyade de guerreros-cronistas no sólo relata las vicisitudes de la lucha y, sobre todo, lo que le va saliendo al paso, sino que también reflexiona sobre el pueblo y los personajes con quienes va entrando en contacto, lo que la distingue bastante en este punto de los relatos de Mun-

40 Daniel Cosío Villegas, *Historia moderna de México. La República Restaurada. La vida económica*, 2 v., México, Hermes, 1957-1965.

41 Lluís Nicolau d'Olwer, *Fray Bernardino de Sahagún, 1499-1590*, México, Instituto Panamericano de Historia y Geografía, 1952.

42 *Cronistas de las culturas precolombinas*, antología, edición y notas de Lluís Nicolau d'Olwer, México, Fondo de Cultura Económica, 1963.

taner o de Joinville, hombres de la Edad Media quienes están más atentos a las alternativas de la campaña que a las descripciones de las extrañas y exóticas tierras y gentes de Bizancio y Palestina. Lo que se propone Nicolau d'Olwer con su "antología" es dar "una idea completa del panorama cultural americano tal y como lo veían y juzgaban los cronistas".⁴³ Como se adelanta ya desde el título de la recopilación, la materia de que se trata es "el descubrimiento cultural de los pueblos del Nuevo Mundo",⁴⁴ utilizando para ello los testimonios de medio centenar de informadores directos, presenciales, los cuales cuentan honradamente lo que han visto o, por mejor decir, como escribe Nicolau d'Olwer, "lo que han creído ver, que no siempre coincide con lo que realmente existe", porque el testigo, sentencia el antólogo, "puede ser veraz y no ser verídico su testimonio".⁴⁵

Nicolau d'Olwer es consciente de las limitaciones de su "antología" testimonial, que no es un corpus, nos dice, sino una selección, con todos los riesgos que ello implica, siendo no el menor el del criterio personal.⁴⁶ Cuando los testimonios versan sobre realidades materiales son en su mayor parte fidedignos: pero no merecen el mismo crédito cuando se trata de explicaciones sobre la organización social o las normas jurídicas, que ya requieren un tipo de observador distinto. Igual pasa cuando los cronistas enjuician las religiones indígenas, ellos no podían juzgar las creencias ajenas y sus interpretaciones están viciadas por los prejuicios. En uno y otro caso se necesita recurrir a otro tipo de fuentes: las que escribieron los hombres de toga, un Zorita por ejemplo, y las que nos dejaron los hombres de sayal, los beneméritos cronistas franciscanos (Sahagún, Motolinia, Mendieta).⁴⁷ Pero si el mismo autor de la recopilación nos confiesa que las observaciones de todos no dejan de estar mechadas de subjetivismo, de "deformaciones", a través de las cuales, no obstante, "fue conocido y tratado el hombre de América",⁴⁸ no nos explicamos por qué excluir, verbigracia, a todos los que escribieron del Nuevo Mundo sin haberlo personalmente conocido, pese a que fueron hombres veraces y bien

43 *Ibidem*, p. XIII.

44 *Ibidem*, p. IX.

45 *Ibidem*, p. XIII.

46 *Ibidem*, p. XII.

47 *Ibidem*, p. XIV.

48 *Ibidem*, p. XVI.

documentados, como Anglería, Gómara, Herrera o Sotomayor.⁴⁹ ¿Qué, acaso, las imágenes deformadas o los testimonios de segunda mano no son tan real y verídicamente históricos como los tenidos por más acuciosos procedentes de los informadores directos? Porque si bien se mira *todos* los testimonios nos proporcionan una versión subjetiva de los hechos, una verdad condicionada, virtual, fenoménica y no nouménica.

El *Sahagún* de Nicolau d'Olwer es algo más que una biografía; pero las verdades sahumunianas que el profesor catalán obtiene no son absolutas sino tan relativas y circunstanciales como las del propio fraile ante la enigmática presencia del Anáhuac. Sahagún tiene que inventarse, adelantándose a su época, un excepcional método empírico de investigación antropológica, que el crítico bautiza de “encuesta y mesa redonda”,⁵⁰ para dar respuesta a la concepción del mundo mexicana; mas pese a la dedicación y a la capacidad científica y amorosa del sabio y buen fraile, su *Historia general de las cosas de Nueva España* no puede darnos la clave absoluta para la comprensión total, íntima, de aquel mundo desaparecido. Naturalmente, esto no quita que Sahagún sea y siga siendo la “primera autoridad en cuanto se refiere a la cultura y religión aztecas”.⁵¹ Como verdadera enciclopedia mexicana califica Nicolau d'Olwer la obra extraordinaria de Sahagún, que tiene, por su fondo, poco de historia política, algo más de historia natural y casi todo de historia moral; y en cuanto a la forma pretende ser –prosigue el crítico– el “tesoro” exhaustivo de la lengua náhuatl.⁵²

Por lo que se refiere al valor de la obra, el crítico sostiene que “el lector imparcial de Sahagún ha de concluir que nuestro misionero parece convencido de que una sola ganancia indiscutible aportó la conquista a la Nueva España: la religión; pero que, por lo demás, la cultura autóctona en nada era inferior, y en algunos puntos superaba a la cultura importada”.⁵³ Empero esta conclusión final, dejando aparte lo que posea de verdad científica, no deja de ser subjetiva por cuanto brota de un hombre que se hace eco de una conciencia europea, que ya no se siente tan segura, como antes, de la primacía occidental en todos los órdenes de la civilización y de la cultura.

49 *Ibidem*, p. X.

50 Nicolau d'Olwer, *Fray Bernardino...*, p. 236.

51 *Ibidem...*, p. 13.

52 *Cronistas de las culturas precolombinas*, p. 235.

53 Nicolau d'Olwer, *Fray Bernardino...*, p. 173.

Por último, Nicolau d’Olwer opone ingeniosamente al llamado “malinchismo” el “sahagunismo”; es decir, que si por el primero se entiende (ya exento el término de su populachera vulgaridad) el deslumbramiento que lo exótico español produjo en el ánimo de muchos mexicanos; por el segundo se ha de considerar asimismo el deslumbramiento admirativo que lo exótico indiano produjo a su vez en algunos españoles. “Exósomosis y endósomosis espiritual, curioso mestizaje del alma trascendente para el futuro de México que el propio mestizaje físico.”⁵⁴ ¿Quién es más mexicano –se pregunta, por último, Nicolau d’Olwer– el español Sahagún que escribe su historia en lengua náhuatl, o el noble tlaxcalteca Muñoz Camargo, que escribe la suya en castellano?⁵⁵ Mestización, en suma, de la que el propio humanista catalán resulta prueba fehaciente del proceso de matización (Gallegos Rocafull) o mexicanización experimentada por él mismo.

José María Gallegos Rocafull

El canónigo y lectoral del seminario de Granada José María Gallegos Rocafull (1899-1963) nació en Cádiz (España) y murió en Guadalajara (Jalisco) en el transcurso de la que fue su última conferencia. Llegó a México en 1939 con los primeros inmigrados españoles, pues era partidario del sistema republicano y participó en la defensa del Gobierno de la República, lo que motivó que fuera suspendido por su prelado. En el Distrito Federal trabajó como profesor en la Universidad Nacional, sin dejar por ello su ministerio, que ejerció por varios años en la parroquia de La Coronación.

Este digno y honrado sacerdote, este profundo teólogo, neoescolástico en la línea antiinmanentista iniciada por Balmes, fue un hombre angustiado por la tragedia que hendió a su “vieja e inolvidable España”, como escribe al final de uno de sus prólogos, y asimismo dramáticamente acongojado por la última guerra mundial; momentos de angustiosa inquietud en la que vive él, es decir el hombre de nuestro tiempo, como suspendido en el aire entre dos mundos, uno ya deshecho y otro todavía no construido. Torna y retorna su mirada buscando una nueva luz en ese tiempo tan enmarañado y oscuro, y halla la máxima claridad orientadora-reveladora en las obras extraordinarias de los

54 *Idem.*

55 *Idem.*

teólogos de los Siglos de Oro, quienes vivieron también en un mundo caótico. Los teólogos españoles (los Vitoria, Melchor Cano, Domingo Báñez, Luis de Medina, Mariana y epígonos) estudiados por el autor en *El hombre y el mundo de los teólogos españoles de los siglos de oro*, extraen del caos renacentista, provocado por la asfixia del mundo medieval postrero, una concepción renovada de un cosmos en el que las viejas ideas cristianas se funden sin ruptura violenta con los sentimientos y actitudes modernos. Gallegos Rocafull los ve resurgiendo de una concepción medieval, que ya estaba muerta en los albores de la Edad Moderna, y pugnando por entrar en otra nueva que no es, por supuesto, la suscitada por “la alharaca renacentista”. Tenían que elaborar dramática, tesonera y valientemente un mundo nuevo conciliador entre el pasado y el presente, o dejarse arrastrar por un movimiento que ellos reputaban huero y falso. No querían renacer sino continuar una historia que utilizaba muchos de los materiales antiguos e incorporaba o integraba a ellos la solución de nuevos problemas modernos. El mundo medieval de los teólogos, prosigue el moderno exégeta, se moría como este nuestro; se moría sin remedio víctima de las contradicciones internas o porque carecía de vitalidad para resolver los problemas que la vida constantemente plantea.

Los teólogos españoles armados con la razón examinaron y eligieron o desdennaron, llegado el caso, las exigencias de una escolástica verborraica e incluso sometieron a examen riguroso los teologotemas de la *Summa theologica*; renovaron la doctrina y pusieron a su servicio los evidentes progresos de las ciencias experimentales, transformando así la teología en una ciencia universal que, opuesta al fácil “griterío humanista”, feroz destructor crítico del mundo medieval, construyó por cuenta y riesgo de los teólogos peninsulares uno nuevo que a veces hasta resulta ajeno e incluso opuesto a los principios en que se basaba el tradicional.

La pasión teológica española no admite cortapisas ni se arredra ante ningún obstáculo: el padre Mariana sostiene el derecho del pueblo al regicidio, supuesto que los pueblos no pueden libertarse de los tiranos sino por la fuerza: Domingo Báñez al afirmar la causalidad universal de Dios, hasta parece hacerlo responsable del pecado y aun lo acusa de asesino de la libertad del hombre: Luis Molina opone la libertad del hombre a la sabiduría y el poder de Dios: Suárez se atreve a exaltar la soberanía popular frente a la realeza: Melchor Cano aconseja a Felipe II que haga la guerra al papa, y Vitoria condena las guerras de Carlos V. Y todos estos extremados teólogos

tienen por precursor al gran cardenal Cisneros. Furia española, asienta Gallegos Rocaful, que se enfrenta a todo lo divino y humano. La interpretación teológica de la historia obliga a los teólogos españoles a arbitrar unos principios teológico-políticos antiteocráticos. Y todos ellos en sus libros o desde la cátedra (Salamanca, Alcalá) proyectan sus ideas en los estudiantes, futuros funcionarios del Estado español, y llevan su influencia a toda la vida pública española. Para Gallegos Rocaful todos estos eximios teólogos fueron los cimientos sobre los que se construyó el Estado-Iglesia español del siglo XVI, concepción político-religiosa que inmediatamente encontró el rechazo decidido de las nuevas naciones europeas que habían elegido el camino de la modernidad renacentista. La España imperial será atacada por Inglaterra mediante su genio comercial; por Francia recurriendo a la razón, por Alemania empleando su exaltada independencia, e inclusive la España más papista que el papa será impugnada por la política vaticana de orientación unificadora y equilibradora de poderes. Toda Europa, se levantó contra España y su mundo “utilizando para derrumbarla todas las armas que ella se había vedado a sí misma”. “Ninguna de [las] naciones [opositoras] se propone en la lucha fines universales, verdaderamente humanos, sino cerradamente nacionales, que se conciben como incompatibles con el poder político de España y con su concepción del mundo.” Estalla la guerra y “España la tenía perdida desde el momento en que sus teólogos no lograron conquistar a Europa para su mundo”, pese a su último esfuerzo, Trento, en donde ni siquiera lograron un asentimiento unánime. Europa quedó fatalmente dividida entre España y lo que no era España, y en la guerra (la de las armas y la de las ideas) fue desangrándose y agotándose.

Este denso libro de Gallegos Rocaful en donde éste analiza las ideas teológicas españolas del siglo XVI y las implicaciones políticas modernas de las mismas, tan opuestas a las de la modernidad renacentista, constituye el zaguán intelectual que nos conduce al gran patio interior de *El pensamiento mexicano en los siglos XVI y XVII* en donde como en los clásicos corrales teatrales entran en conflicto los dos mundos que se enfrentan e influyen mutuamente para crear un tipo de cultura nueva, resultante de la muerte de la autóctona. Pero la cultura triunfadora queda a su vez matizada, asimilada, por la originalidad de la nueva tierra y sus gentes.

El mundo español interroga a la esfinge indiana que plantea enigmas que deben ser prestamente contestados: ¿qué es esta tierra y qué hacer con ella?,

¿cómo son sus habitantes y cómo hay que tratarlos?, ¿son válidos respecto de ellos los tradicionales conceptos europeos o hay que crear otros más holgados en que quepa, sin deformarse, toda la sorprendente novedad del Nuevo Mundo? Se trata, para decirlo con la fórmula del historiólogo Edmundo O’Gorman, de encajar la novedad de esta cuarta parte del mundo (América) y sus gentes en el plan tripartito bíblico, tradicional. Ver cómo se contestan estas preguntas y ver asimismo cómo encaja en el viejo esquema lo nuevo. He aquí, según lo entendemos, la clave de este libro. Gallegos Rocafull pregunta y responde no por sí mismo sino utilizando los textos (crónicas). El capítulo primero analiza la posición del indio ante la nueva cultura; el segundo corresponde al análisis histórico sobre la formación y los problemas de la primitiva cristiandad mexicana; el tercero analiza el problema jurídico que suscitaron la conquista y la evangelización; el examen de las corrientes renacentistas en México constituye el capítulo cuarto; la renovación teológica española, su repercusión en la Nueva España (puente de enlace entre este libro y el anterior) y el papel representativo de la filosofía escolástica en México durante los siglos XVI y XVII corresponden respectivamente a los capítulos quinto y sexto.

De hecho son tres las ideas histórico-teológicas que en su libro estudia nuestro autor: la naturaleza del indio, el humanismo y la filosofía del derecho indiano y el pensamiento mexicano de la época en función y por imperio de la propia cultura. Empero estos tres temas resultan subsidiarios de otros tres previos: problemas religiosos suscitados por la evangelización del país; la teología neoescolástica (Vitoria, Soto y Suárez) concebida como raíz de la concepción del mundo, fin y luz de las otras ciencias; y la filosofía escolástica en sus diversas tendencias: tomista, escotista y suarista.

Gallegos Rocafull en el prólogo del libro primeramente citado declara que ha sentido claramente las profundas raíces de su cordial vinculación con México, lo cual implica, como no podía ser menos, la influencia ejercida por su nueva patria y por la historia novohispana en el pensamiento y obra del autor: su mestización intelectual o, mejor dicho, espiritual. En resumen, toda la obra mexicanista de éste responde a un nuevo amor que no restringe sino amplía y se funde en su amor por España. En cierto modo su mestización viene a ser la síntesis dialéctica de dos instancias amorosas originalmente de signo contrario. Quiere asimismo evidenciar que el orden nuevo español preconizado por los teólogos españoles de los siglos XVI y XVII no podía admitir que el afán de lucro fuera el gran motor de la vida económica en el ámbito del

imperio español y que, por lo mismo, hay que aceptar tal realidad como necesaria e inevitable como se aceptan las fuerzas normativas de la naturaleza. Lo económico quedaba subordinado a la moral y desde el punto de vista de lo político pensaron que en el plan divino o providencial colaboraban todos los hombres para entronizar la justicia en la tierra. “Las dos ideas, plan de Dios y misión humana se funden o sintetizan en una tercera, la de la conciencia humana, cuya función es decisiva en todo el sistema político de Suárez.”

Este mundo misoneísta de salvación opuesto al de la modernidad es el que adoptó y defendió el imperio español hasta su consunción total.

El mensaje de Gallegos Rocafull quiere dar, por elevación, en el blanco de los atendidos exclusivamente a la explicación objetiva del hecho real de nuestro atraso histórico. La elucidación del teólogo historiador o, si se quiere, del historiador teólogo, no justifica sino aclara el quid de lo que somos al mostrarnos las raíces de nuestro retardo como nación moderna. Empero solamente cuando el pasado es conscientemente asumido y revivido en el presente, sólo entonces las puertas del porvenir quedan abiertas para emprender la nueva marcha a paso redoblado con vista a la cancelación de nuestras demoras.

Rafael Altamira y Crevea

Al llegar por tercera vez a México el profesor Rafael Altamira y Crevea, lo hacía ahora como forzado emigrante acogiendo a la hospitalidad mexicana.⁵⁶ El historiador alicantino (1866-1951), hombre cabal y probo, republicano y liberal, no sólo dejaba tras él en la vieja Europa una intensa y agotadora actividad político-internacional, sino también, y acaso mucho más decisiva, una impresionante obra historiográfica, que en la biografía y bibliografía realizada por S. Zavala y por J. Malagón⁵⁷ comprende, hasta el año de 1945, 33 páginas apretadas, en las que se advierten los registros correspondientes a la historia y a la metodología de la investigación y enseñanza históricas.⁵⁸

56 La primera vez fue en 1909, la segunda fue en 1910 y la tercera ocurrió en 1945.

57 Javier Malagón y Silvio Zavala, *Rafael Altamira y Crevea, el historiador y el hombre*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Históricas, 1971.

58 De la página 80 a la 115 se cuentan 519 registros bibliográficos; de la 113 a la 120, que comprende de 1945 (año de arribo de Altamira) a 1965, se incluyen 74 asientos, sin contar la obra inédita, muy numerosa e importante que dejó al morir.

Resulta curioso que este historiador no fue estimado al principio de su carrera ni tampoco lo fue su producción científica, porque el germanismo intelectual de la España de fines del siglo XIX no daba crédito a los estudios de posgrado que el joven profesor había realizado en Francia bajo la égida de la filosofía y el método positivistas. La metodología de la escuela histórico francesa (Taine, Langlois, Seignobos, etcétera) era desdeñada por los krau-sistas españoles y sus germanizantes seguidores. Pero todas las críticas fallaron cuando el historiador, ya de regreso a España, comenzó su ingente tarea que culminó, según se sabe, en la publicación de su muy famosa, estimada y traducidísima *Historia de España y de la civilización española* (1899: 4 tomos) que le abrieron las puertas de la fama y el reconocimiento intelectual.

Creada la Sociedad de Naciones tras la cruenta Primera Guerra Mundial (matanza estúpida y odiosa) de 1914-1918, fue llamado el laureado profesor a formar parte, como representante de España, de la Corte de Justicia Internacional, “en gran [medida] creación suya”.⁵⁹ Rondaba ya los 80 Altamira cuando llega a México por última vez, maltratado espiritual y físicamente por la Guerra Civil Española (1936-1939) y por su secuela internacional (Segunda Guerra Mundial: 1939-1945) y se podría haber esperado que el abatido profesor dedicaría el resto de su vida a vegetar, a recordar o a prepararse a bien morir; pero no fue así, porque desde el momento en que pisó la tierra de paz mexicana renovó sus bríos, volvió a sus clases y conferencias (Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM), retornó a su seminario (El Colegio de México), y se puso con renovadas ansias e incluso furia a investigar y a escribir: 30 ensayos diversos en 1945 (año de su llegada a México);⁶⁰ 7 en 1946, más la reimpresión de un curso publicado en 1926 (París, Hachette); 17 en 1947; 8 al año siguiente, destacando entre ellos el *Manual de investigación de la historia del derecho indiano* y el *Proceso histórico de la historiografía humana*; 3 en 1949; 4 más en 1950, entre los cuales destacan singularmente el penetrante *Felipe II, hombre de Estado* y el *Curso sintético y vademécum de la historia del derecho*; 5 en 1951, año de su muerte, más el importante *Diccionario castellano de palabras jurídicas y técnicas tomadas de la legislación indiana* y, sobre todo su *Contribución a la historia municipal de América*; un ensayo y un prólogo

59 Malagón y Zavala, *Rafael Altamira y Crevea...*, p. 56.

60 Propiamente en noviembre de 1944.

post mortem (en 1954) y al año siguiente la cuarta edición en París (Editorial A. Colia) de su *Histoire d'Espagne*.

La metodología, la enseñanza metodológica de la historia y el estudio de las fuentes del derecho indiano fueron las preocupaciones científico-pedagógicas en que puso más énfasis en sus cátedras y seminarios. El método del historiador debía ser positivo; pero había que tener muy en cuenta que el análisis de la legislación española e hispano-mexicana exige por parte del investigador el conocimiento en profundidad de la *ratio legis*; es a saber, la explicación racional e histórica de la ley así como su verdadera vida efectiva, sus antecedentes y circunstancias de tiempo y espacio: la situación anterior de cada una de ellas.⁶¹ También se siente Altamira obligado a definir lo que él entiende por historia, y lo hace decidiéndose por afirmarla como ciencia, tras exponer en un apretado resumen analítico las controversias sostenidas al respecto, así como las soluciones acordadas a este difícil problema.⁶²

Fue, pues, Altamira un historiador incansable y fecundo, entusiasta en extremo, acucioso, objetivo y, como profesional formado en la escuela científica francesa e italiana, creía con toda sinceridad que era posible escribir la Historia con absoluta ecuanimidad, objetiva, desapasionada e imparcialmente. La misma obra histórica altamirana no nos da propiamente un mentís a este afán de objetividad e imparcialidad; pero sí limita, por simpatía temática, los desiderata del método.

El octogenario investigador español, no cabe la menor duda, fue un historiador, como escribe Luis González, “devoto de sí mismo” e “interesado únicamente en desplegar ante sus alumnos su *curriculum vitae* adornado de toda clase de moños y listones”,⁶³ ante sus alumnos seminaristas de El Colegio de México; pero estimamos que debemos ser benevolentes con un hombre que a su edad siguió combatiendo por la historia como lo hiciera desde su primera juventud. ¿Por qué no hemos de aceptar, y disimular si es preciso, la vanidad de un historiador que cargaba consigo un curso de experiencia vital y profesional extraordinario, que no le impide dedicarse afanosamente a sus

61 Véase su *Técnica de investigación en la historia del derecho indiano*, 2a. edición, México, José Porrúa Hermanos, 1939, *passim*.

62 *Vid. Proceso histórico de la historiografía humana*, México, El Colegio de México, 1948 (cap. VI), p. 136-187.

63 En Luis González y González, “La pasión del nido”, *Historia Mexicana*, El Colegio de México, México, n. 100, 1976, p. 537.

estudios y publicaciones (reediciones, muchas de ellas, por cierto aquí realizadas), con los que completa su débito americanista con el país: “Lo que yo debo a México”? Entre otras cosas, nada menos que el doctorado Honoris Causa que recibió de manos de Justo Sierra en 1910, con motivo de su visita y de su contribución intelectual al restablecimiento de la Universidad Nacional de México. Y ya de regreso a España fue director del Seminario de Historia de América del Centro de Estudios Históricos de la Universidad de Madrid.

Y viene ahora muy de propósito referirnos al americanismo del historiador español, porque éste, que tiene su *pendant* hispanoamericano en nuestro historiador Carlos Pereyra, tan alejado de Altamira filosófica y políticamente, fue uno de los primeros españoles de gran talla intelectual que renovó el contacto con la América hispana, tendiendo el puente de la comprensión mutua sobre el profundo abismo de los odios e incomprensiones históricas: “Nuestra obra americanista –escribe el historiador tras su visita a México, 1909-1910– ha sido de paz, de concordia y de amplio humanitarismo intelectual. Lo ha sido naturalmente respecto de las relaciones concretas, con los pueblos hispanoamericanos”.⁶⁴ Porque Altamira desde el punto y hora en que comenzó su carrera de historiador se preocupó fundamentalmente en acercar y dar a conocer Hispanoamérica a los españoles y España a los hispanoamericanos. Objetivo fundamental de su cátedra en la Universidad Central fue la formación de alumnos españoles e hispanoamericanos para saldar la dolorosa ruptura intelectual que desde la Independencia de Hispanoamérica había dividido lo que él llamaba la civilización hispánica. Resulta por ello patético que en una de sus últimas reediciones y, como quien dice, con un pie ya en el estribo, recuerde e inclusive amoneste suave y críticamente a sus alumnos: al valenciano Ots Capdequí; al castellano Malagón Barceló y al venezolano Arcila Farías. No deja, por supuesto, en el saco del olvido a su entrañable alumno mexicano Silvio Zavala, “uno de los mayores historiadores de América”, premonición ya avizorada por el maestro desde los años treinta.⁶⁵

Un rasgo importantísimo de este historiador, que deseamos, por último destacar, fue su actitud serena al enjuiciar el carácter español y, por supuesto

64 Cit. Silvio Zavala, *La filosofía política de la conquista de América*, México, Fondo de Cultura Económica, 1972, p. 27.

65 Vid. R. Altamira, “Plan y documentación de la historia de las municipalidades en las Indias españolas (siglos XVI-XVIII)”, en *Contribuciones a la historia municipal de América*, México, Instituto Panamericano de Historia y Geografía, 1951, p. 47-49, 50, 53, 74.

el de la historia de España. En uno de sus postreros libros,⁶⁶ su espíritu conciliador, ecléctico, *sine ira et studio* analiza las contradicciones del sujeto histórico peninsular, masa e individuo influyéndose mutuamente, y aunque él tomó parte, como hombre liberal, en uno de los sectores contendientes en la guerra civil (1936-1939), se mostró lo suficientemente equilibrado para reconocer las faltas y virtudes en el lado republicano así como en el nacionalista. Altamira también alude a las características diferenciales de los *pueblos españoles* y censura la exagerada consideración que cada uno de estos pueblos tiene de sí mismo, con merma y desequilibrio del resto. Importante fue asimismo para Altamira el estudio de la *Historiografía humana*, y más importante, si cabe, la inclusión en este estudio (libro) de la historiografía española; pero se echa, sin embargo, de menos un análisis crítico profundo de los historiadores y cronistas de Indias, que si bien no teorizaron, como el propio autor reconoce, sí predicaron una verdadera historiografía de la civilización en la que se nota la impronta de la naturaleza americana y la presencia de múltiples especies humanas antes desconocidas.⁶⁷

Fue fiel don Rafael Altamira a sus dos patrias, España y México, y la mejor herencia que ha dejado consistió en establecer firmemente, según se dijo, los cimientos de la comprensión y del acercamiento entre la diversa y dispersa familia hispánica.

Historiadores y críticos del arte

José Moreno Villa

El poeta, pintor, escritor y crítico de arte, el malagueño José Moreno Villa, (1887-1955) fue uno de los primeros transterrados que pisó tierra mexicana, procedente de Nueva York, adonde fue enviado por el gobierno español legítimo con el fin de favorecer la causa de la libertad y limpiar la cara embadurnada de almagre con la que la propaganda fascista y clerical intentaba desacreditar a la República Española.

⁶⁶ Rafael Altamira, *Los elementos de la civilización y del carácter españoles*, Buenos Aires, Losada, 1950.

⁶⁷ *Ibidem*, p. 76-78.

Había salido Moreno Villa de Valencia rumbo a París el 3 de febrero de 1937, apesadumbrado y deshecho psíquicamente. En la ciudad lux levantó un poco su ánimo al saludar a viejos amigos, entre otros a Pío Baroja y los compañeros de la Residencia matritense, Buñuel y Alberti. José Gaos, que fungía como presidente de la Junta de Relaciones Culturales, le facilita los fondos para el pasaje y nuestro flamante conferencista y propagandista republicano fue embarcado en un buque cuyo destino final era Nueva York. El embajador Fernando de los Ríos, antiguo amigo, lo recibió y una vez instalado comenzó sus lecturas en la Babel norteamericana, en la Universidad de Princeton, en New Brunswick y otros lugares. Encontrándose en Princeton recibió cartas del embajador español y de Genaro Estrada, ex secretario de Relaciones de México, invitándolo a venir a nuestro país y Moreno Villa dejó la comodidad norteamericana por el “misterioso” y atrayente México. Fue recibido por el propio Estrada (mediados de junio de 1937). Como hombre introvertido y solitario, se refugió en la pintura y la escritura: pero también comenzó a establecer relaciones de amistad con Manuel Toussaint, supremo conocedor del arte colonial mexicano y con los poetas Cardoza y Aragón y Villaurrutia, amén de establecer cierta asiduidad visitadora con los esposos Estrada, ya en la casa de éstos en la capital o en la de Cuernavaca.

Fundada la Casa de España (julio de 1938) pasó a formar parte del personal intelectual de la misma, trabó relaciones con Eduardo Villaseñor, con Luis Montes de Oca, con Daniel Cosío Villegas y, sobre todo, con Alfonso Reyes, su antiguo amigo del Madrid de los años veinte, quien fue el que más lo animó y admiró. Su primer fruto intelectual, aparte de sus dibujos y óleos, fue *Locos, enanos, negros y niños palaciegos* (1939) elaborado con notas que había traído consigo al destierro mexicano: después comenzó a adentrarse en la historia del arte mexicano y para esta sutil y difícil empresa contó con la guía fiel e inteligente de su esposa mexicana, Consuelo, viuda de Genaro Estrada, con la que casó en 1938.

En el año de 1940 publicó sus primeras impresiones de su nuevo país, especie de “visión panorámica” o “librito de mirón” al que llamó con el barroco y coruscante título de *Cornucopia de México*, porque él veía todo lo mexicano brillante, rizado, quebrado, contrastado, claroscurecido: “como un resumen del estilo rococó”.⁶⁸ Es el relato del primer encuentro de un hombre

68 “Prólogo” a *Cornucopia de México*, México, La Casa de España en México, 1940, p. VIII.

sensitivo y observador sobre la multifacética realidad mexicana. Este libro y el que lo completa *Doce manos mexicanas. Datos para la historia literaria*, o, *Ensayo de quirosografía* (texto y dibujos) tengo para mí que son los que merecieron, por sobre todos los demás que escribió, el aplauso agradecido de Alfonso Reyes: “José Moreno Villa ocupa un lugar eminente. No es posible ojear sus libros sin sentirse tentado a darle las gracias al instante”.⁶⁹

En 1941 apareció *La escultura colonial mexicana*, en donde sólo desea “presentar con orden y seleccionadas lo mejor posible las piezas de escultura religiosa dispersas por el país y señalar las grandes líneas estilísticas”.⁷⁰ Fue en su tiempo el único trabajo importante que existió sobre el tema, el cual fue realizado con exquisita sensibilidad y amplio respaldo investigador. Como él mismo escribe refiriéndose a esta obra mexicanista; su único atrevimiento fue el empleo del término náhuatl *tequitqui* o tributario⁷¹ para referirse al producto mestizo que aparece en México al interpretar los indígenas las imágenes de una religión importada. Mas Moreno Villa no solamente aplica el término para caracterizar la escultura, sino también la arquitectura, así la catedral de Zacatecas queda por él bautizada como “el Partenón del estilo *tequitqui*, con lo cual quiere significar *lo diferencial* del arte colonial mexicano respecto de sus especímenes europeos. El indio recibió todo tipo de modelos o de representaciones venidos de Europa y no todos ellos obedecían a un mismo estilo ni a una misma época. “El hecho es –concluye Moreno Villa– que por estas y otras razones posibles la producción escultórica mexicana [del siglo XVI] carece de la lógica interna y de la cronología que tiene la europea. Sus piezas no salen de las manos del escultor obedeciendo a una concatenación de piezas que le preceden sino a circunstancias fortuitas. Y su historia es de aluvión.”⁷²

Resulta además curiosa o acaso controvertida la clave rítmica bisecular de Moreno Villa para justipreciar el arte mexicano: el siglo XVI como el de esplendor del arte *tequitqui*; el XVIII el magistral de la arquitectura barroca,

69 Cit. R. Suárez, “Prólogo” a *Cornucopia de México*, México, Secretaría de Educación Pública, 1976 (SepSetentas, 284), p. 37.

70 José Moreno Villa, *Lo mexicano en las artes plásticas*, México, El Colegio de México, 1948, p. 9.

71 Cit. *ibidem*. Moreno Villa traspone al náhuatl el término árabe *mudechan* (tributario) o *mudéjar*, árabe sometido a los cristianos.

72 *Ibidem*, p. 22.

particularmente la poblana, y el XX el del valor estético original de la pintura. Los siglos intermedios son de producción correcta, pero carentes de fuerza, de originalidad y, pues de autenticidad. El desarrollo del arte mexicano no obedece, por lo tanto, a leyes íntimas; a un proceso lógico como el europeo. No hay, resume Moreno Villa, secesión o desarrollo consecutivo, se procede cada dos siglos con ritmos explosivos.⁷³ Naturalmente, durante las centurias que ha quedado fuera se realizan cosas excelentes; “pero tan apegadas a lo europeo que no logran dar su nota peculiar con la fuerza necesaria para imponerla”.⁷⁴

El joven crítico e historiador del arte mexicano, Francisco de la Maza, amablemente reconvino a nuestro autor para que dejase éste en un momento determinado de preocuparse por un campo tan rico y tan nuevo como era el del arte en México. Moreno Villa, en carta abierta le contestó asimismo de modo afable⁷⁵ que llevaba escritos más de doscientos artículos periodísticos (*Novedades*), en su mayor parte de tema mexicanista; que él, ante el arte mexicano, sintió que sólo debía ser un animador, no un panegirista y mucho menos un propagandista. Como buen ojeador, en su cacería artística la suerte lo acompañó levantando liebres temáticas con las que logró contagiar a algunos cazadores, y que con esto se daba por satisfecho. No quiso pues, pontificar a Moreno Villa y se escudó en la crítica de su colega, aludiendo al hecho de que además de escritor ensayista era poeta y a ratos pintor, actividad esta última que le vedaba juzgar a los del oficio.

Juan de la Encina

Juan de la Encina (Ricardo Gutiérrez Abascal, 1890-1963) nació en Bilbao, estudió ingeniería pero abandonó la carrera para dedicarse a la crítica (especialmente a la historia de la crítica de la pintura) tras una estancia de varios años en Francia e Italia, donde asistió a numerosos cursos y conferencias sobre arte. Fue testigo de la revolución artística anterior a la Primera Guerra Mundial (1914-1918) y conoció el llamado *art nouveau* que cundía por toda Euro-

⁷³ *Ibidem*, p. 31.

⁷⁴ *Idem*.

⁷⁵ *El Nacional*, abril de 1953. Cit. *Nueva cornucopia mexicana*, México, Secretaría de Educación Pública, 1976 (SepSetentas, 285), p. 105.

pa. Por consejo de Ortega y Gasset estudió en Alemania las nuevas orientaciones en la historiografía artística y arquitectural, y vuelto a España llegó a ser director del Museo Nacional de Arte Moderno en Madrid (siglos XIX y XX) en donde se hizo sentir enseguida el aire renovador de la nueva estética contemporánea. Fue miembro activo de la Sociedad de Artistas Ibéricos y en la exposición presentada por ésta en Madrid en el Parque del Retiro (1925) rompió lanzas contra los críticos acartonados de la vieja escuela que, apegados a su estética realista (prefotográfica) abominaban del arte vanguardista de aquella época.

En 1938, casi al término de la guerra civil en España, llegó a México donde ejerció la docencia en la Escuela de Artes Plásticas (antigua Academia de San Carlos) y en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Nacional Autónoma de México; dio cursos asimismo en la Universidad de Michoacán, en la de Guadalajara y en Monterrey, y pasó a ser miembro de La Casa de España y posteriormente de El Colegio de México.

En el *Catálogo de obras expuestas en el pabellón de la República Española* durante la IV Feria Mexicana del Libro (1946), la crítica de arte ejercida por Juan de la Encina se hizo presente con estudios sobre el Greco, Velázquez (sombras y enigma) y “Goya, su mundo histórico y poético”, que La Casa de España le habría de editar en 1939.

A esta última obra le siguió *La nueva plástica* (1940); *La pintura del Renacimiento italiano* (1949), manual divulgador bien orientado y documentado, *ad usum initiatorum*, y que os perdone Cicerón; *La pintura española* (1951), asimismo un bello y resumido manual pulcramente escrito y bien fundado, que abarca desde sus orígenes hasta Goya, y un *Retablo de la pintura moderna* publicado en Buenos Aires,⁷⁶ donde rechaza el historiador y crítico el arte esencialmente purista, sin vida, depauperado e insignificante.

Sólo un libro sobre el arte mexicano publicó Juan de la Encina, *El paisajista José María Velasco (1840-1912)*, que, al decir del también crítico e historiador Jorge Alberto Manrique, “es el ensayo más importante que se haya escrito sobre Velasco”.⁷⁷ Así es sin duda; empero el análisis de Juan de la Encina

76 Juan de la Encina, *Retablo de la pintura moderna: de Goya a Picasso*, Barcelona/México, Espasa y Calpe, 1953.

77 Véase *Historia Mexicana*, El Colegio de México, México, n. 58-59, octubre 1965-marzo 1966, p. 256.

está presentado en relación con lo europeo que inspira y permea la obra más importante del pintor mexicano. Al crítico español le interesa fundamentalmente establecer las influencias europeas en la pintura paisajista de Velasco y en función de la perfección europeizante de éste califica sus cuadros.

Esta valoración resulta totalmente opuesta a la que José Moreno Villa tuvo para el paisajista mexicano, que justamente por florecer en un siglo clasificado neutro no llegó a destacar, pese a sus indudables perfecciones imitativas ni a significarse como artista original y creador. Le falta, según el crítico, la mestización, permítaseme decirlo así, que caracteriza las obras contemporáneas (siglo XX), que han realizado con fuerza e inspiración telúrico-pictórica mexicana los Rivera, Orozco, Siqueiros, María Izquierdo, Tamayo, Guerrero Galván y otros más, que se distinguen por su entrañable “conciencia del mestizaje”.⁷⁸ Al pensar así, se pregunta el crítico andaluz, “¿no se ve claramente lo raro que resulta ahora un pintor como Velasco, el paisajista? ¿No se ve bien lo fuera que estaba de este modo de ser actual que se llama mexicano por vez primera desde la Revolución? ¿Vemos ahora con diafanidad lo que va de colonial a revolucionario? Pues ahí está la diferencia, lo diferencial mexicano”.⁷⁹ “Velasco –escribe Moreno Villa– no es una voz mexicana aunque pinte volcanes y panoramas de la alta meseta en que vivimos. Chávez Morado tiene voz mexicana en sus paisajes. Sabe poner en las ramas de los árboles, en el color, materia de las cosas, ese tono hispido o ese temblor horripilante que ya se anunció en José Clemente Orozco. Y lo mismo Anguiano, y lo mismo Meza o Carlos Romero.

“Los casos de Tamayo, Guerrero Galván y Meza son los más atrayentes para el historiador porque acusan con mayor fuerza el drama sanguíneo.”⁸⁰ Es decir, el conflicto de dos sangres, de dos razas, de dos culturas. Esta diferencia se manifestó asimismo en el arte del siglo XVIII por el “mestizaje inconsciente” y en el del siglo XVI por el anacronismo (mezcla de románico, gótico y renacimiento: *lo tequitqui*).⁸¹

Volviendo de nueva cuenta a Juan de la Encina diremos que su último libro, obra póstuma, ha sido publicado por uno de sus alumnos, el arquitecto

78 Moreno Villa, *Lo mexicano...*, p. 59.

79 *Ibidem*, p. 58.

80 *Ibidem*, p. 59.

81 *Idem*.

Agustín Piña Dreinhofer, quien recogiendo el primer curso escrito del maestro sobre *El estilo* lo dio a la imprenta.⁸² El libro, bella y cuidadosamente editado, es ciertamente una joya bibliográfica no sólo por su apariencia externa sino principalmente por su contenido temático: veintidós artísticas y eruditas lecciones sobre el estilo en las obras de arte y sobre las ideas críticas de los tratadistas y escritores. Un regalo para los ojos y para el espíritu, un verdadero hontanar de sapiencia.

Margarita Nelken

Nació Margarita Nelken en Madrid (1896) y murió en México (1968). Se dedicó en su juventud a la pintura: pero bien pronto le atrajo el mundo de las letras y después el de la política, en el que se distinguió notablemente durante el régimen republicano. A los veintitrés años escribió *La condición social de la mujer*, que repercutió ampliamente en toda España. Fue miembro activo del Partido Socialista Obrero Español y en 1939, tras el infausto término de la guerra civil para los sectores republicanos, emigró a México.

Aquí publicó en 1942 *Tres tipos de virgen: Angélico, Rafael y Alonso Cano*, y dos años más tarde *Primer frente*, libro político, al igual que *Las torres del Kremlin* (1942 y 1943).

Hay que subrayar que esta combatiente por la libertad denunció en la capital mexicana, desde las páginas del diario *Excelsior*, la presencia de un director de orquesta alemán, Clemens Kraus, que había colaborado con los nazis en los campos de concentración de Dachau y Buchenwald. Según parece, no pudo el tal director resistir la acusación y en la noche después de su concierto en Bellas Artes, un infarto puso fin a su vida.

Fue Margarita Nelken muy severa consigo misma y muy exigente frente a los demás; pero su crítica siempre fue generosa para los que empezaban, rigurosa para los ya situados e implacable para los ineptos y simuladores. Su interés mayor estuvo casi siempre centrado en los artistas hispanoamericanos. Escribió sobre Carlos Mérida (1961), Carlos Orozco Romero (1951), Ignacio Asúnsolo (1962) Roberto Fernández Balbuena y Raúl Anguiano (1958), y alentó, entre otros, los primeros *vagidos* artísticos de José Luis Cue-

82 Juan de la Encina, *El estilo*, prólogo de Agustín Piña Dreinhofer, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1977.

vas. Escribió también un interesante libro titulado *Escultura mexicana contemporánea* (México, 1951).

Fue excelente traductora y cultivó la poesía (“Elegía para Magda”), colaboró en las revistas españolas creadas durante los primeros años de la emigración republicana en México (*Las Españas*, *Boletín de la Unión de Intelectuales Españoles*) y en *Cabalgata* de Buenos Aires. En *Cuadernos Americanos* participó en 15 ocasiones, destacándose entre otros ensayos los siguientes: “Etapas de la formación de Diego Rivera” (septiembre-octubre 1949); “Arte abstracto-arte figurativo-arte funcional” (noviembre-diciembre 1950); “La expresión de México en la expresión artística norteamericana” (noviembre-diciembre 1951); “Reverso y anverso de la medalla de España” (marzo-abril 1952); “De la expresión mexicana en el arte” (noviembre-diciembre 1952); “Estratos de la pintura mexicana” (marzo-abril 1954); “Ensayo de exégesis de Rufino Tamayo” (noviembre-diciembre 1955); “Segunda Bienal Interamericana de México” (noviembre-diciembre 1960); “Los tesoros artísticos del Perú” (marzo-abril 1961); “Arte mexicano de hoy” (mayo-junio 1963); “La pintura inglesa en México” (marzo-abril 1964) y “El paisaje mexicano en el siglo XIX” (julio-agosto 1965).

La muerte de su hijo, Santiago de Paul Nelken, ocurrida en 1944 en Rusia, cuando se encontraba el joven oficial español (23 años) al mando de su batería, entristeció la vida de Margarita Nelken; pero no le impidió, como buena militante socialista, sobreponerse a la desgracia y buscar salida a su dolor mediante el trabajo intenso y creativo a favor de su España y de México.

Ceferino Palencia

Nació en Madrid en 1882 y murió en la ciudad de México en 1963; estudió Derecho en la Universidad Central de Madrid; fue fiscal (1909) juez del distrito de Buenavista y gobernador sucesivamente en las provincias de Almería, Guadalajara, Teruel y Zamora (1930-1933) y ministro plenipotenciario en los países bálticos.

Estudió pintura con el gran maestro realista Chicharro, que fue también profesor de Diego Rivera, y obtuvo los premios nacionales de pintura y grabado en 1920 y 1924, y el de literatura en 1930 por su obra *El romanticismo español*. Trabajó intensamente, afinó sus aptitudes artísticas, estudió con afán y llegó a ser secretario del Museo de Arte Moderno de Madrid.

Llegó a México en 1939 y tres años más tarde se naturalizó mexicano. Durante más de 30 años cultivó el periodismo en el diario *Novedades* y a él se debe en gran parte el famoso suplemento *México en la Cultura*, que ejerció una poderosa influencia sobre las ideas en el México contemporáneo, y en el que colaboraron al alimón, en fraterna y emulativa competencia, las dos generaciones (madura y joven) respectivas de la España peregrina y del México inquieto y posrevolucionario.

Participó activa y entusiastamente en la fundación del Ateneo Español, inaugurado el 16 de marzo de 1949, con el discurso al canto de nuestro político, pintor, literato y crítico de arte; exhibió con éxito sus óleos y aguafuertes en México, Washington y Nueva York y en sus notas críticas se mostró inteligente y comprensivo con sus colegas de aquende y allende el mar, que en su mayor parte se expresaban en un lenguaje artístico desusado e innovador para él; lo que dice muerto a su favor dado que su formación artística pertenecía a la escuela realista tradicional.

En México enseñó historia del arte en San Carlos y en La Esmeralda; hizo diversas traducciones y publicó la *Biografía de Pablo Picasso* (México, 1942); *El arte de Tamayo* (1950) y *El arte contemporáneo de México* (1951). Resulta curioso en extremo que este excelente pintor y crítico evolucionase hasta el punto de llegar ya en la edad madura, si no a aceptar plenamente las nuevas escuelas y tendencias artísticas, cuando menos sí a comprenderlas. Creemos que su circunstancia mexicana lo obligó a salvarse él mediante la salvación previa de aquélla. La comprensión historicista de esta realidad lo llevó a escribir, por último, *México inspirador* (1963).

Otra obra interesante por todos conceptos es la antología publicada en 1947, *España vista por los españoles*, en donde se recogen las impresiones de literatos, filósofos, artistas y pensadores sobre la tierra, los hombres y las costumbres de las 49 provincias españolas. Una selección hecha por el recopilador atendiendo imparcial y desapasionadamente “a la importancia o valor de la producción artístico-literaria, prescindiendo en absoluto de ideologías, proceder y modo de pensar de cada autor”.⁸³ El intento consistía en desmitografiar a España ante los de adentro y ante los de fuera, operación

83 Ceferino Palencia y Álvarez Tubau, “Palabras preliminares”, *España vista por los españoles*, prólogo, enlace y selección de Ceferino Palencia y Álvarez Tubau, México, Al-mendro y Vila, 1947, p. 3.

intelectual que era tanto más necesaria desde México por la barrera de olvido, incomprensiones y hasta odios levantada desde la Independencia (1810-1821). Es notable asimismo su ensayo sobre “Blanco White y sus cartas sobre España” publicado en *Cuadernos Americanos* (noviembre-diciembre de 1961).

Adolfo Salazar

Nació en Madrid (1890) y murió en la ciudad de México (1958). Fue un destacado musicólogo que desde las páginas del diario *El Sol* de Madrid, órgano periodístico de los Ortega (padre e hijo) creó una moderna conciencia de la música contemporánea en España. En 1939 pasó a México y en el periódico *Novedades* reanudó sus tareas para un público más heterogéneo como era por entonces el mexicano. Fue sin duda uno de los críticos musicales más cultos, finos y eruditos que España ha tenido, militó políticamente en las izquierdas. En Madrid perteneció a la Sociedad de Artistas Ibéricos y firmó el famoso Manifiesto de 1925; en México formó parte del cuerpo de investigadores de la Casa de España, fue catedrático del Conservatorio Nacional de Música; se le encargó en el Ateneo Español la sección de música, teatro y cine: colaboró en *Las Españas*, en *Romance* y en *Cuadernos del Congreso por la Libertad de la Cultura* (1953). Y aunque autodidacta, su obra musical y literaria alcanzó niveles de gran erudición y belleza.

La obra de Adolfo Salazar es amplísima y la actividad y profundidad de la misma traspasó las fronteras de su patria natal y la de su patria de adopción. Su obra, *La música en la sociedad europea* (El Colegio de México, 1942), está constituida por cuatro soberbios tomos donde campean la sabiduría y la sensibilidad de un acucioso investigador de la música y de los genios creadores de la misma; *La teoría y práctica de la música a través de la historia* (El Colegio de México, 1954) comprende otros tantos volúmenes que complementan en extensión y profundidad los anteriores. Analiza Adolfo Salazar los orígenes de *La música [antigua] en la cultura griega* (sentido mágico religioso-ritual y social, amén de su técnica e instrumentos), que es además una verdadera historia de la Grecia clásica; la música medieval; la europea renacentista y dieciochesca: la del siglo XIX hasta alcanzar el XX; *La música orquestal en el siglo XX* (1943); *Síntesis de la historia de la música* (Buenos Aires, 1945), *La música como proceso histórico de su invención* (1950), *La*

música en la cultura española (1954) y *La rosa de los vientos en la música europea* (México, 1940), que fue editada de nuevo en Madrid bajo el título *Conceptos fundamentales de la historia de la música* (1954). En Buenos Aires se publicó *La música moderna* (1944) que fue traducida al inglés.

La periodicidad e historicidad de la música está magníficamente expresada por el crítico en sus *Conceptos fundamentales*: “En la música –y en tantas cosas más– las mismas fuerzas que llevaron a este arte a su esplendor, sean también las fuerzas que lo lleven a su disolución y que, en definitiva, la música –como otras tantas cosas– no sea más que una explosión magnífica que destruye su propia creación”.⁸⁴ Y en la introducción a *La música moderna* añade:

Las formas externas del estilo son símbolos usados por el artista para expresar, dentro del campo de cada arte, el modo de vida de la época –su época– y en tanto que cada motivo estilista carece de significación considerada aisladamente, la suma total posee una elocuencia convincente. Nos damos cuenta más claramente de esto cuando el periodo del cual nos ocupamos no sea demasiado remoto, como por ejemplo, los periodos romántico y barroco. Así podemos percibir que la profusa ornamentación de la frágil música de Couperin para clavecín refleja los trajes y las maneras de la aristocracia de la corte de Luis XIV, en tanto que la teatralidad del barroco, visible por igual en las iglesias, palacios, jardines y escenarios de ópera y ballet, inspira a los monarcas el deseo de convertirse en actores imperiales en sus teatros imperiales.⁸⁵

Publicó asimismo el musicólogo ensayos en las diversas revistas fundadas por los transterrados españoles y con motivo del segundo aniversario de De Falla, Adolfo Salazar analizó la personalidad del gran compositor gaditano: “Homenaje a Falla”. Fue también excelente traductor, como lo prueba el *Juan Sebastián Bach* (1950) de J. N. Forkel e hizo crítica magnífica incluso a la musicalidad de las obras pictóricas de E. Climent y A. Souto.

84 *Apud* Carlos Martínez, *Crónica de una emigración: la de los republicanos españoles de 1939*, México, Libro Mex, 1959, p. 165.

85 *Ibidem*, p. 164.

Jesús Bal y Gay

Nació este crítico y musicólogo gallego en Lugo (1905), y tras cursar en su región natal la enseñanza media y musical superior estudió con Eduardo Martínez Tornel e ingresó en el Centro de Estudios Históricos de Madrid para investigar sobre el folklore musical de Galicia. Llegó a México en 1938 y pasó a formar parte del grupo de profesores españoles de la Casa de España. Acuciado por el secretario de El Colegio de México, publica en notación moderna su hermosísimo *Cancionero de Upsala* (1944), con prólogo de Rafael Mitjana, que además de su intrínseco e importantísimo valor musical, sigue siendo, como se ha dicho, el más bello libro editado hasta ahora por El Colegio, y cinco años antes, bajo el rubro editorial de La Casa de España, vio la luz su *Romances y villancicos españoles del siglo XVI*, dispuestos en edición moderna para canto y piano.

Fue crítico de *El Universal* y *Excélsior*, perdiendo su puesto en el primero por sus censuras a la ópera y a los espectadores asistentes a la misma, lo que le acarreó el repudio público, en plena función, de una representante gratuita de la llamada sociedad mexicana. También fue criticado cuando en algunas conferencias de divulgación estableció la raíz común tradicional que une al folklore europeo a un tronco común original y primitivo, que por supuesto comprende asimismo al folklore mestizo mexicano e hispanoamericano. Esto era más de lo que el público mexicano en general y los folkloristas mexicanos en particular estaban dispuestos a escuchar y conceder, y el rechazo unánime fue acaso uno de los factores psicológicos que lo orillarían a regresar a España (1967), amén del llamado soterraño de su región natal. Fue también Bal y Gay miembro fundador de las *Ediciones mexicanas de música* y de una revista, *Nuestra Música*. Terminó su compromiso con El Colegio, pues era enemigo de los apremios, y dedicó su tiempo, como jefe de la Sección de Investigaciones Musicales del Instituto Nacional de Bellas Artes, a preparar su monumental y bella obra sobre el *Cancionero folklórico de México* (1975), además del *Teatro de la música polifónica en México* y *El código del Convento del Carmen*, cuyo primer volumen apareció en 1953 y contiene misas y motetes en transcripción polifónica.

Dentro de este grupo pondremos, por último a Otto Mayer Serra, asimismo musicógrafo y crítico musical, autor del *Panorama de la música mexicana* (1941) que abarca desde la Independencia a la época actual, y cuyo intento

primordial, hasta entonces sólo realizado parcialmente por Gabriel Saldívar, es el historiar en serio el rico patrimonio musical del país.

Dos bibliógrafos

Agustín Millares Carlo

Nació este insigne erudito, paleógrafo, filólogo, bibliógrafo e historiador español en Las Palmas, capital de Gran Canaria, en 1893 y murió en Mallorca en 1978. Terminados sus estudios universitarios ingresó en el Centro de Estudios Históricos y fue discípulo (segunda promoción) de su director Menéndez Pidal. Era catedrático de Paleografía y Diplomática en la Universidad Central de Madrid y miembro de la Academia de la Historia. Fue director del Archivo-Biblioteca del Ayuntamiento de Madrid y al estallar la guerra civil en España fue evacuado a Valencia y posteriormente marchó a México, instalándose en la capital como funcionario de la Embajada española. Formó parte del grupo de sabios profesores e investigadores de La Casa de España. Reseñar así sea mínimamente la vastísima producción del profesor canario resulta de todo punto casi imposible y el animoso que algún día emprenda la pacientísima tarea de recoger e interpretar la inmensa obra merecerá los más encendidos elogios por tan hercúleo trabajo intelectual. La dispersión de sus ensayos, recensiones, notas y libros es considerable, porque don Agustín tenía sangre de viajero en sus venas y le era difícil radicarse en un lugar fijo. Estuvo en Argentina en 1923, donde dirigió el Instituto de Filología; arribó a México, según se dijo, al término de la Guerra Civil Española (1939) y tras residir con nosotros por más de veinte años, con escapatorias eventuales, marchó a Venezuela (1959); estuvo también en Centroamérica y por último se radicó en España.

Durante las dos décadas de su estancia en México trabajó intensamente como profesor en El Colegio de México y en el Instituto Luis Vives, colegio fundado por profesores españoles para enseñanza primaria y media de los hijos de exiliados. Contribuyó con pulcras y correctas traducciones y notas a la Bibliotheca Scriptorum Graecorum et Romanorum de la Universidad Nacional Autónoma de México; fue profesor de lengua y literatura latinas en esta Universidad y en el Mexico City College, y todo esto sin dejar de estudiar, investigar, escribir y participar como colaborador entusiasta en las revistas de

los exiliados en México, principalmente en *España Peregrina*, *Las Españas*, en el primero y último número de *Ultramar* y en el *Retablo Hispánico*, en este último se incluye su “Imprenta en América”. También colaboró en cuatro ocasiones en *Cuadernos Americanos*.⁸⁶

Entre sus primeros trabajos se cuenta la edición de *El Quijote* con notas originales, y la selección de ensayos y artículos de los más autorizados comentaristas de la obra cervantina (*Bibliografía biográfica de Cervantes*). Ante la escasez en México de textos escolares de enseñanza media, escribió una *Gramática latina* y la acompañó con una *Antología de textos latinos I y II*, ambas publicadas por La Casa de España, en donde la nómina de colaboradores españoles transterrados pasó del cincuenta por ciento. La Editorial Porrúa de México le publicó también una *Historia de la literatura española hasta el siglo XV* y el Fondo de Cultura Económica un utilísimo manual, que nos asombra por su sintética erudición, intitulado *Introducción a la historia del libro y de las bibliotecas* (México, 1971). Además una *Historia universal de la literatura* (México, Esfinge, 1949) la *Historia de la literatura latina* (México, Fondo de Cultura Económica, 1955) y la *Antología literaria* (México, Esfinge, 1955).

No para en esto la activa contribución de Millares Carlo a la cultura mexicana, puesto que proveyó de medios valiosísimos de trabajo a los historiadores y a todos los interesados en los diversos aspectos del pensamiento y de la historia de México: el llamado modestamente “Ensayo de una bibliografía de bibliografías mexicanas” –que escribió en colaboración con el doctor José Ignacio Mantecón– de la Biblioteca de la II Feria [Mexicana] del Libro (1943) y el famoso y difundido *Álbum de paleografía hispanoamericana de los siglos XVI y XVII*, en colaboración asimismo de Mantecón, que elevó los estudios e investigaciones de la historia colonial de Hispanoamérica, dieron a los jóvenes estudiantes de historia los instrumentos eficaces e imprescindibles para sus incursiones en los archivos de Hispanoamérica y de España. Y añadamos aún los *Estudios de paleografía*, los *Nuevos estudios de paleografía*, las “Notas bibliográficas acerca de los archivos municipales”, los diversos “Repertorios” y las “Investigaciones bibliográficas iberoamericanas”: *Época Colonial* (México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1950); sus *Apuntes para un estudio bibliográfico del humanista Francisco Cervantes de Salazar* (México,

86 Véase Jesús Silva Herzog, *Biografías de amigos y conocidos*, México, Cuadernos Americanos, 1980, p. 250-251.

Universidad Nacional Autónoma de México, 1957), su *Don Juan de Eguiara y Eguren (1695-1763)* y su *Biblioteca mexicana* (México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1951). Además escribió varios importantes ensayos sobre la historia de la tipografía y la imprenta de México y sobre bibliografía y bibliófilos: y por si fuera todavía poco completó y puso al día la formidable *Bibliografía mexicana del siglo XVI* escrita y publicada por Joaquín García Icazbalceta y editó famosos textos coloniales como la *Historia de las Indias* (1951), la *Brevísima relación de la destrucción de las Indias* (1941), *Del único modo de atraer a todos los pueblos a la verdadera religión* (1942) y los *Tratados*, todos salidos de la pluma, también incansable, del inquieto y celeberrimo dominico fray Bartolomé de Las Casas. Más aún, anotó, prologó o enriqueció con adiciones bibliográficas obras tan importantes –todas editadas en México– como los *Libros de las décadas del Nuevo Mundo*, de Pedro Mártir de Anglería; *De las islas del mar océano*, de Palacios Rubios; *Del dominio de los reyes de España sobre los indios*, de Matías Paz; los *Prólogos a la Biblioteca Mexicana de Eguiara y Eguren* y las *Leyes Nuevas de Indias* (edición facsimilar de la de Alcalá de Henares de 1543 (México, Fondo Pagliat, 1952).

Participó don Agustín en el *Diccionario enciclopédico* (México, 1950, 10 v.) confeccionado y editado por especialistas y profesores españoles exiliados, donde el peso lexicográfico y etimológico recayó sobre sus hombros.

Fue, pues, Agustín Millares Carlo un extraordinario americanista al que sólo se le aproximan en cierto modo Rafael Altamira y particularmente Nicolau d'Olwer, si bien en otro campo de la investigación, el antropológico; la extensa obra de Juan Comas puede rivalizar cuantitativamente con la del gran profesor canario. Por tales méritos recibió de la Academy of American Franciscan History, con sede en Washington, The Fray Junípero Serra Award y por sus investigaciones en Venezuela el Doctorado *Honoris Causa* de la Universidad de Maracaibo. También la Real Academia de la Historia le dedicó un homenaje póstumo al que fuera uno de sus más distinguidos e intencionalmente (políticamente) olvidado miembro, pese a que ya llevaba varios años de haberse repatriado.

José Ignacio Mantecón

José Ignacio Mantecón Navasal nació en Zaragoza, España (1902). Estudió el bachillerato en el colegio de los jesuitas de su ciudad natal, El Salvador, y

cursó, terminada la enseñanza media, las carreras de Filosofía y Letras y de Derecho en la universidad zaragozana, alcanzando premio extraordinario en la licenciatura de la Sección de Historia. Hizo su doctorado en la Universidad Central de Madrid, única que en España estaba autorizada a otorgar el grado máximo, con tesis sobre *El régimen municipal de la comunidad de Albarrada en los siglos XIII al XV* (1921). Ganó la oposición para el Cuerpo de Archiveros, Bibliotecarios y Arqueólogos y alcanzó plaza en el Archivo Histórico de Madrid y en el Museo Arqueológico. En 1924 lo vemos instalado, con puesto fijo, en el Archivo de Indias de Sevilla.

Estalla la guerra civil en España y Mantecón Navasal, militante entusiasta de la izquierda, ayuda a formar las Milicias Aragonesas: es nombrado gobernador general de Aragón (1937) y comisario del Ejército del Este y Levante.

Terminada la guerra pasa a Francia y es nombrado secretario del Servicio de Evacuación de los Refugiados Españoles (SERE). Llegó a México en 1940; contribuye a la organización del Instituto Luis Vives, es nombrado catalogador de las obras clásicas existentes en la Biblioteca Nacional; forma parte de El Colegio de México; recibe el nombramiento de maestro de la Escuela Nacional de Bibliotecarios y Archivistas de México, donde imparte clases de Paleografía, Catalogación e Historia del Libro; pasa a la Universidad Nacional como investigador del Instituto de Investigaciones Estéticas (1955) y tres años más tarde al de Investigaciones Bibliográficas.

Hablar de la labor profesional del maestro Mantecón significa hacerlo de un intelectual eficaz y responsable en sus múltiples tareas, entre las cuales las de investigación y publicación de sus hallazgos –por ejemplo el de los números faltantes del famoso *Juguete* de D. Carlos María Bustamante –ensayos, libros, colaboraciones diversas son de las que honran la dura y paciente carrera de bibliotecario.

Con su amigo y colega, Agustín Millares Carlo, trabajó y editó los frutos de sus investigaciones, como el ya citado *Álbum de paleografía*; el *Índice y extractos de los protocolos del Archivo de Notarías de México* (México, El Colegio de México, 1944-1945) (obra de tipo monumental que es importantísima para el historiador de la vida económica y social y que es, al mismo tiempo, una de las primeras que explotan y divulgan la riqueza de los archivos notariales); “El Archivo de Notarías del Departamento del Distrito Federal”, “La Biblioteca de la II Feria del Libro...” citada cuando nos referimos a la obra de su colaborador; el ya también citado *Ensayo de una bibliografía de bibliografías mexi-*

canas; *La imprenta, el libro, las bibliotecas*, etcétera (México, 1943); *Adiciones I* al ensayo del mismo título, de la III Feria del Libro y el *Repertorio bibliográfico de los archivos mexicanos y de las colecciones diplomáticas fundamentales para la historia de México* (México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1948). Todas estas obras han traspasado las fronteras mexicanas y son asiduamente utilizadas por los investigadores de la historia colonial en Europa, Canadá, Estados Unidos e Hispanoamérica.

Por lo que se refiere a la obra individual de Ignacio Mantecón debemos destacar de su vasta producción el “Índice de la primera época del *Boletín de la Biblioteca Nacional*” (1904-1929), “El índice de las traducciones impresas en México” (México, 1959), la *Bibliografía de Manuel Toussaint* (México, 1957); *El primer Instituto Bibliográfico Mexicano*; *Una nueva versión de la bibliografía en México en el siglo XIX, del doctor Nicolás León*; “Bibliografía pedagógica hispanoamericana” (México, 1963) y el “Índice de los nombres latinos en pies de imprenta desde 1459 a 1825” (México, 1976). A esto debemos añadir su producción propiamente histórica como son *Don Marcelino Menéndez y Pelayo y el liberalismo español* (1958); el *Informe de méritos y servicios de Alonso García Bravo, alarife que trazó la ciudad de México* (México, 1957) y la *Cartilla vieja de la nobilísima ciudad de Puebla de los Ángeles (1781)* de Pedro López de Villaseñor (México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1961), obra que resulta fundamental para el conocimiento de la historia y del arte de la ciudad angélica.

Colaboró nuestro extraordinario bibliófilo en casi todas las revistas españolas que se publicaron por la década de los cuarenta en México y asimismo en la que se editó en Santiago de Chile, *España Libre* (1942) y en la edición de *Cuadernos Americanos* (número 1 de 1963). Mantecón publicó un ensayo de significativo título: “Más de cien siglos de noche en el penal de Burgos”.

Historiadores del derecho y de la independencia

José María Ots Capdequí (1893-1975)

Nació en Valencia y una vez terminados sus estudios medios y superiores (Derecho) opositó y logró la plaza de catedrático de Historia del Derecho español de la Universidad de Valencia. Su inclinación por el derecho indiano databa desde la elaboración de su tesis doctoral sobre la situación jurídica de

la mujer en la legislación indiana. En 1921 obtuvo la cátedra de Historia de la Facultad de Derecho de Barcelona, la que permutó antes de terminar el año por la cátedra de Oviedo. Después pasó a desempeñar la misma cátedra en la Universidad de Sevilla (1924) y en la Universidad de Valencia (1931), y dirigió el Instituto Hispano Cubano de Historia y el Centro de Estudios de Historia de América, convirtiéndose dicha institución en el núcleo de un vasto e influyente proceso americanista. Ots Capdequí reunió en torno suyo a un grupo selecto de hispanoamericanos, entre los cuales se encontraban nuestros compatriotas Carlos Pereyra y Silvio Zavala, quienes hallaron en el Archivo de Indias las fuentes fundamentales para la reconstrucción de la historia colonial, fundamento de la nacional. Las nuevas naciones pudieron así dirimir sus problemas fronterizos, apegados al derecho y éste fundamentado a su vez en las fuentes documentales indianas.

Salió el maestro Ots Capdequí de España y se instaló en Bogotá reclamado por el presidente colombiano Eduardo Santos, y comenzó a impartir clases de historia del derecho español e indiano en varias de las escuelas y facultades de Jurisprudencia existentes en la capital de Colombia. Investigó activamente en el Archivo Nacional y contribuyó indirectamente al mejoramiento del mismo.

En el destierro pudo el historiador valenciano dedicarse al estudio sistemático del derecho indiano: *El Estado español en Indias* (México, Fondo de Cultura Económica, 1940) y el *Manual de historia del derecho español en América y del derecho propiamente de Indias* (2 v., Buenos Aires, 1945). En colaboración con el doctor Javier Malagón publicó Ots Capdequí *Solórzano y la política indiana* (México, Fondo de Cultura Económica, 1965).

La trascendencia de la obra americanista del maestro ha sido grande, así lo prueba la divulgación de su *Manual* como libro de texto en la mayor parte de las facultades de Jurisprudencia de Hispanoamérica y asimismo su utilización como obra de consulta en muchos de los departamentos latinoamericanos de Estados Unidos.

A pesar de tener su residencia en Bogotá, su contacto con México y con los colegas exiliados fue estrecho. Colaboró en muchas de las revistas españolas fundadas aquí y contribuyó al éxito del tercer número extraordinario de *Las Españas* (29 de agosto de 1950) con un artículo importante: “Geógrafos, navegantes y exploradores españoles”.

En 1944 la sección mexicana de la Unión de Profesores se transforma en organismo central y se nombra nueva directiva. Ots Capdequí fue designado por la misma delegado en Colombia. Lo anterior significa que Ots Capdequí nunca se sintió al margen de la lucha de sus colegas, residentes en México, por la recuperación y la libertad democráticas en España.

José María Miquel i Vergés

José Miquel i Vergés nació en Arenys de Mar (Cataluña) en 1904 y murió en Coyoacán (México, D. F.) en 1964. Estudió en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Barcelona y llegó a México al término de la Guerra Civil Española. Fue miembro fundador del Centro de Estudios Históricos de El Colegio de México, junto con otros colegas españoles y mexicanos: realizó sus estudios de doctorado en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Nacional Autónoma de México y se graduó con honores. Ocupó una cátedra en El Colegio de México y desde ella enseñó a los alumnos mexicanos la historia de la independencia mexicana.

La Colección Árbol de la Editorial Séneca, dirigida por José Bergamín, le había publicado una *Antología de la poesía y del pensamiento catalán* y en 1957, como correspondía a su formación intelectual y literaria, ganó el premio en los juegos florales de la lengua catalana celebrados en México. En España su interés se había inclinado exclusivamente a la literatura: pero la circunstancia mexicana, la propia del exiliado, lo llevaron al campo de la historia, especializándose en el periodo de la Independencia. En 1941 apareció su importante libro sobre *La independencia de México y la prensa insurgente* (El Colegio de México), antología casi completa, pues se incluyen en ella fragmentos de todos los periódicos de la revolución de independencia –que no fueron pocos– que llegaron a sus manos, abarcando su examen de 1810 a 1821. “Cita las peticiones de libertad hechas en *El Despertador Mexicano*, *El Ilustrador Nacional* y *El Semanario Patriótico Americano*. El libro es una importante contribución al estudio de la Independencia de México fundado en documentos de primera mano.”

En colaboración con Hugo Díaz Thomé, uno de sus discípulos, publicó en 1944 los *Escritos inéditos de fray Servando Teresa de Mier* (El Colegio de México), colección interesante de textos de ese fabuloso personaje, testigo y actor de la Independencia. En 1949 dio a la prensa *El general Prim en España*

y México (Hermes), que es una de las mejores biografías de esta figura histórica; participó en la colección: *Relaciones diplomáticas hispano-mexicanas (1839-1898)*, publicada por El Colegio de México (1949-1952) en colaboración con Javier Malagón, Enriqueta López Lira y otros investigadores.

La obra póstuma a la que había dedicado más de veinte años de investigación apareció publicada por la Editorial Porrúa en 1969. Se trata del *Diccionario de insurgentes*, en donde encontramos una abrumadora información biográfica, bibliográfica y documental de más de 4000 personas que contribuyeron a la independencia de México.

Javier Malagón Barceló

Javier Malagón Barceló nació en Toledo (España) en 1911, fue profesor ayudante en la Universidad. Con motivo de la Guerra Civil Española fue habilitado como capitán del Cuerpo Jurídico Militar, y terminada la contienda, pasó como exiliado a Francia en 1939 y de ahí a Santo Domingo, México y Washington, donde reside desde 1952. Es actualmente secretario de la Comisión de Historia del Instituto Panamericano de Geografía e Historia y organizador del Programa de Becas y Cátedras de la OEA.

Entre otras obras relativas a México ha publicado *Relaciones diplomáticas hispano-mexicanas* (en colaboración con Nicolau d'Olwer, Miguel i Vergés y E. López Lira, 1949-1968); *Las actas de independencia de América* (con tres ediciones: 1955, 1973 y 1978, acompañadas de un estudio de Charles C. Griffin); *La literatura jurídica en la Nueva España* (primer premio en el IV Centenario de la Universidad de México, prólogo de A. Millares Carlo, 1959; edición portuguesa, 1967); *Solórzano y la política indiana* (en colaboración con J. M. Ots Capdequí, 1965); *El carolino Código Negro, 1784* (1974) e *Historia menor* (México, 1978, SepSetentas, 239).

Ha analizado los trabajos de historia moderna y contemporánea: "Historiografía de la guerra civil" (1965): *Don Rafael Altamira. El historiador y el hombre* (en colaboración con S. Zavala, 1971); "Los escritos del cardenal Lorenzana, 1722-1804" (1972) y "Los historiadores españoles exiliados en México" (1972). Es miembro correspondiente de la Academia de la Historia de España y de la de la mayoría de los países de Iberoamérica. En 1962 recibió por su obra como historiador The Serra Award of America en Estados Unidos de América.

Historiadores de la ciencia

Germán Somolinos D'Ardois

Germán Somolinos D'Ardois nació en Madrid (1911) y murió en la ciudad de México (1973). Cursó los estudios de Medicina en la Universidad Central de Madrid. Fue capitán médico de aviación durante la Guerra Civil, pasó a México y se especializó en anatomopatología en el Instituto Nacional de Cardiología (1944-1946); enseñó historia y filosofía de la medicina en el Instituto Politécnico Nacional (1965-1973) y en la Universidad Nacional Autónoma de México (1969-1971); trabajó principalmente en su laboratorio de análisis médicos, pero dedicó su entusiasmo y horas libres a la investigación histórico-científica de la ciencia médica. En 1962 recibió el premio anual de la Academia Nacional de Medicina por su historia de la fundación de ese organismo, y hasta su muerte no dejó de investigar y escribir libros, artículos y ensayos de carácter histórico.

Dejando aparte sus artículos en la *Gazeta Médica de México*, los *Anales de la Sociedad Mexicana de Historia de la Ciencia y la Tecnología* y los folletos preparados para El Colegio de México y el Instituto Mexicano del Seguro Social, es autor de las siguientes obras: *William Harvey, descubridor de la circulación sanguínea* (1952); *Historia de la medicina* (1952); *Historia y medicina. Figuras y hechos de la historiografía médica mexicana*, publicada por la UNAM (1951); *Biografías breves de José Lister, Carlos J. Finlay, Dimitri Ivanovitch Mendeliev, Guillermo Conrado Roentgen, Iván Petrovich Pavlov, Santiago Ramón y Cajal, Iván Vladimirovich Michurin y Bernardo Houssay* (1957), y *La primera expedición científica de América* (1971).

Con su compatriota el catedrático de Histología y Anatomía Isaac Costero escribe *Desarrollo de la anatomía patológica en México* (1964), donde se presenta sintéticamente la historia de esta especialidad; en la *Gazeta Médica Mexicana* describe con cierto humor la historia de la inclusión y la asimilación de los médicos españoles exiliados al cuerpo médico mexicano: “Veinticinco años de medicina española en México” (1965) y un año antes, con motivo del primer centenario de la Academia Nacional de Medicina de México, redactó la “Guía de la Exposición Histórica” de la misma.

La investigación de Somolinos abarcó desde la medicina mesoamericana prehispánica a la moderna pasando por la colonial. Lo mismo estudió “La medicina teotihuacana” que profundizó en el estudio histórico del manuscrito

Libellus de medicinalibus indorum herbis o el *Códice de la Cruz-Badiano*; por cierto que para poder acercarse a los textos impresos o manuscritos coloniales se vio obligado a refrescar los oxidados conocimientos del precario latín aprendido en el bachillerato.

Pero la tarea en que puso el doctor Somolinos más entusiasmo y la que dedicó la mayor parte de su tiempo libre fue la edición de las *Obras completas* del primer protomédico de las Indias, Francisco de Cárdenas. Fue secretario de la comisión editora de la que era presidente el doctor Efrén del Pozo, y en 1969 apareció el primer tomo de la monumental edición que se refiere a la *Vida y obra de Francisco Hernández*, escrito por Somolinos, que va precedida de un estudio de José Miranda sobre *España y la Nueva España en la época de Felipe II*; en 1966 y 1976 salieron los volúmenes IV y V (el I y II corresponden a la *Historia natural* (1959) que llevan una introducción del médico madrileño exiliado. La edición completa se debe, no cabe duda, a los miembros de la comisión editora (sabios mexicanos y españoles especializados en diversos ramos científicos); pero creemos sinceramente que la pasión, la actividad y la capacidad intelectual de Somolinos hicieron posible la culminación de la ingente empresa editorial que honra a la cultura mexicana y española por igual. La Universidad Nacional Autónoma de México, que costó la edición ilustrada en folio, lujosísima, puede sentirse orgullosa de haber aportado a la cultura mundial un testimonio científico de primer orden.

Muerto Somolinos, su hijo Juan Somolinos Palencia, que llegó a México con sus padres cuando tenía dos años, médico como su progenitor, ha emprendido la difícil tarea de llenar el vacío que éste dejó en el campo de la historia de la medicina nacional e internacional del pasado y del presente; por lo que pronto ha comenzado a colaborar con temas de su especialidad en la *Gazeta Médica Mexicana* en la que tan asiduamente escribió su padre.

Francisco Guerra

Una figura de paso meteórico por México fue la del médico Francisco Guerra, que estudió medicina en Madrid, participó en la Guerra Civil y se graduó en la Universidad de Yale en Farmacología. En México fue profesor de dicha especialidad en la Escuela de Medicina de la UNAM, en California y en Los Ángeles. Escribió y publicó en México (1953) una *Historiografía de la medicina colonial hispanoamericana* y la *Iconografía médica mexicana* (1955). A

la edición facsimilar de la obra del doctor Monardes, *Diálogo del hierro y de sus grandezas* (Sevilla, 1574) realizada en Monterrey (1961) contribuyó con “Nicolás Bautista Monardes. Su vida y su obra”. Y en Madrid ha aparecido la *Historia de la medicina hispanoamericana y filipina en la época colonial, inventario crítico y bibliográfico* (1973). Escribió además una *Bibliografía de la materia médica mexicana* (México, 1950) y la *Bibliografía de la historia de la medicina mexicana* (México, 1949).

En una revista inglesa (*Medical History*), publicó Guerra “Aztec Medicine” (1966) y “Maya Medicine” (1964). En estos trabajos se refiere a las prácticas médicas prehispánicas.

Modesto Bargalló

Modesto Bargalló fue profesor de Química en España, enseñanza media, en la Escuela Normal de Guadalajara (España); amplió sus estudios con cursos de Ciencias Naturales en la Universidad de Madrid y trabajó con Ignacio Bólvár, quien era el director del Museo Nacional de Ciencias Naturales.

En México fue catedrático de dichas materias en el Instituto Politécnico Nacional. Ha publicado en nuestro país *La minería y la metalurgia en la América española durante la época colonial* (Fondo de Cultura Económica, 1955), donde incluye capítulos sobre los conocimientos de los aborígenes americanos en la materia, las técnicas de beneficio de los metales y las ordenanzas reguladoras dictadas por el gobierno. Escribió asimismo numerosos artículos sobre temas de su especialidad histórico-científica, entre los que merecen destacarse el “Homenaje a don Andrés Manuel del Río Fernández, en ocasión del primer centenario de su muerte (1849-19491)”;

el “Método de beneficio de los minerales de plata y oro por fundición, del mexicano D. Joseph Garcés Eguía”, en el ciento cincuenta aniversario de su libro *Nueva teórica y práctica del beneficio de los metales de oro y plata*; “Bartolomé de Medina y el beneficio de Patio...” y “La naturaleza de los metales y el beneficio del hierro en los alquimistas y metalúrgicos del siglo XVI”. En 1965 publicó *Las ferrerías de los primeros años del México independiente* y a este libro siguieron *La química inorgánica y el beneficio de los metales en el México prehispánico y colonial. Andrés Manuel del Río y su obra científica* y *La amalgamación de los minerales de plata en Hispanoamérica colonial* (1966). Como todos los españoles científicos o humanistas en exilio, contribuyó con numerosas entradas

a la *Enciclopedia americana* y al *Diccionario Porrúa de historia, biografía y geografía de México*.

Para complementar el cuadro científico nos referiremos a “La ingeniería colonial en el Nuevo Mundo. Alardes constructivos en Guanajuato” (1974); “Rentas marítimas y terrestres” (1975) y “Vías interoceánicas” (1976), del ingeniero toledano Manuel Díaz Marta. Asimismo al arquitecto Bernardo Giner de los Ríos le debemos la importante obra *50 años de arquitectura española (1900-1950)* y el ensayo “La obra de la República en materia de construcción de grupos escolares” (1951).

Dos historiadores marxistas

Wenceslao Roces

Nació Wenceslao Roces en Sobrescobio, Asturias, en 1897. Cursó estudios en la Universidad de Oviedo y se licenció en Derecho con premio extraordinario; pasó a la Universidad de Madrid para hacer el doctorado y se graduó con la tesis profesional *El derecho de superficie en la jurisprudencia romana*. Ganó una beca de la Junta de Ampliación de Estudios y marchó a Alemania para profundizar en sus conocimientos. Vuelto a España gana por oposición la cátedra de Derecho Romano en la Universidad de Salamanca y funda en la misma el Seminario de Derecho. Funda y dirige la Editorial Cenit. En 1930 colaboró en el Seminario de Derecho Privado del Centro de Estudios Históricos de Madrid.

Viaja a la URSS como refugiado por causa de la revolución de Asturias de 1934 y regresa a España donde es nombrado subsecretario de Instrucción Pública en 1936, tras el triunfo del llamado Frente Popular. Durante la guerra actúa como magistrado del Tribunal Supremo de Justicia y terminada aquélla emigra a México a donde llega en 1939.

En la capital mexicana reanuda sus tareas docentes; es nombrado catedrático de la Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM donde se distingue por su preparación profesional y política, e influye en la formación espiritual y científica de muchos alumnos desde el Colegio de Historia. En 1969, en recompensa por sus valiosos servicios escolares, es denominado Maestro Emérito de la Universidad Nacional Autónoma de México.

Vuelve a España en 1977 y es elegido por votación democrática Senador del Reino en representación del Partido Comunista Español. La edad y la

nostalgia de México, según creemos, lo hacen renunciar al puesto político y regresa a su patria de adopción donde reemprende con nuevos bríos sus tareas docentes en la Universidad Nacional. En vista de sus méritos el Gobierno de la República Mexicana le otorga el Collar y Banda del Águila Azteca, máxima condecoración que México otorga a los extranjeros distinguidos que han trabajado empeñosamente, cada quien en su puesto, a la grandeza del país.

El doctor Wenceslao Roces es distinguido profesionalmente en los centros culturales mexicanos por dos cosas: por su entrega a los alumnos facultativos y por sus magníficas traducciones del alemán, inglés, francés, ruso y otras lenguas modernas. Traducir ha sido la principal actividad de su vida y México le debe versiones impecables de las obras básicas de Marx, Hegel, Mommsen, Ranke, Gregorovius, Buhler, Braudel, Jaeger, Macaulay y otros autores. Enumerar tan sólo las que ha realizado hasta el día de hoy para el Fondo de Cultura Económica sería desplegar un amplio y extraordinario abanico de conocimientos históricos, políticos, filosóficos y sociales que gracias a él, en buena parte, ha enriquecido la cultura nacional y nos ha familiarizado con el pensamiento esencial –el de ayer y el de hoy– de Occidente.

Con todo, queremos referimos aunque sea muy brevemente a un opúsculo suyo sugestivo (*Algunas consideraciones sobre el vicio del modernismo en la historia antigua*, 1951), lo que no quiere decir que no sean menos interesantes para el lector los otros dos salidos de su pluma: *La cultura de nuestro tiempo* y *Los problemas de la Universidad* (1977). Se trata de una defensa de la historiografía frente a los que la impugnan académicamente considerándola exenta de carácter científico, coherente y sistemático. Esto por una parte; por la otra, Roces critica la tergiversación historiográfica del modernismo; es decir “presentar y construir ciertos hechos y fenómenos de las sociedades antiguas enfocándolas a través de conceptos y categorías que corresponden a realidades sustancialmente distintas, típicas, propias y peculiares de los tiempos modernos”. Por ejemplo, la utilización abusiva de los conceptos capitalismo y proletariado aplicados a la historia griega y romana es rechazada por el autor; porque los historiadores que los emplean son reaccionarios que intentan presentar el capitalismo como la forma permanente de la economía en todas las sociedades a lo largo del tiempo, intentando así disminuir el papel del desarrollo dialéctico en la historia.

Como según Roces, que en esto sigue estrictamente a Marx, “sólo conocemos una ciencia, la de la historia” (p. 155), todos aquellos historiadores que

como Mommsen, Beloch, Meyer, Pohlman, Weber, Bloch, Toynbee, Heidegger, Jaspers, Spengler, Croce y Nietzsche (todos ellos brillantes embrolladores, pese a sus indudables méritos) escamotean o tergiversan en sus historias de Grecia y Roma la realidad socioeconómica de las sociedades clásicas, resultan anacronizantes modernistas, “porque las realidades sociales mismas, las históricas y las actuales, son demasiado testarudas para dejarse embaucar” (p. 171). Roces, anclado en el absoluto determinismo materialista (económico) cree en la científicidad (normatividad) de la historia a lo largo del proceso dialéctico.

Julio Luelmo y Luelmo (Mauro Olmeda)

Julio Luelmo y Luelmo (Mauro Olmeda), licenciado en Derecho, llegó a México a fines de la Guerra Civil y regresó a España cuando la muerte del general Franco posibilitó la repatriación de muchos exiliados españoles añorantes por reincorporarse a su patria. Desde luego la envergadura intelectual de este historiador marxista es bastante menor que la de Roces; pero cuando menos lo aventaja en producción original historiográfica, aunque no por lo que toca asimismo a la tarea de traductor.

Si consideramos una de sus primeras publicaciones, un artículo sobre Cervantes publicado en el número 5 de la revista *Las Españas* (1947), notamos la propensión decidida del autor a entender al antonomástico novelista desde su realidad social. En 1958 el ensayo de 1947 se ha convertido en un libro *El ingenio de Cervantes y la locura de Don Quijote*,⁸⁷ en donde puede observarse que el análisis de la obra cervantina se atiene más que a los ideales, ensueños y amarguras del genial alcalaíno, a las ideas de éste desde el punto de vista político, social, religioso e inclusive económico. A partir de aquí toda la obra de Luelmo trasluce más y más la utilización del método dialéctico materialista aplicado obra tras obra con máximo rigor. Lamentamos no tener sino una pobre muestra bibliográfica de la producción de este dedicado autor; pero creemos que con lo que a continuación exponemos conseguimos, si bien en parva parte, el objetivo propuesto. En el mismo año de aparición del ensayo cervantino publicó Luelmo *Los antiesclavistas norteamericanos. La cuestión de*

87 Mauro Olmeda (Julio Luelmo Luelmo), *El ingenio de Cervantes y la locura de Quijote*, México, Atlante, 1958.

Texas y la guerra con México,⁸⁸ que en sus 92 páginas nos entrega una versión mexicanista de los acontecimientos apoyada por una sólida documentación.

Posteriormente se acentuó su tratamiento historiográfico marxista, como puede observarse ya desde el mismo título de estos nuevos libros: *Sociedades precapitalistas*⁸⁹ y *El desarrollo de la sociedad*.⁹⁰ También en su *Breve historia de la agricultura en Europa y en América*⁹¹ el materialismo histórico sirve de fundamento para las conclusiones teórico-marxistas del autor, un esquema ideal donde acomodar el proceso histórico real. De 1966 es *El desarrollo de la sociedad mexicana I. La fase prehispánica*, en donde Mauro Olmeda autor y editor aplica con cierta habilidad (*tour de force*) su método marxista a la sociedad indígena anterior a la Conquista. El desarrollo de la sociedad, libro publicado en México, ha alcanzado una segunda edición en Madrid gracias a la apertura democrática producida en España tras el deceso del dictador.

Un crítico de la historiografía

Víctor Rico González

Víctor Rico González llegó a México al término de la Guerra Civil. Este profesor español fue nombrado titular de la cátedra de Historia de la Historiografía en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Nacional Autónoma de México, labor que desempeñó con acierto.

Su actividad magisterial lo llevó a reunir sus lecciones, notas y apuntes de clase con las que confeccionó el libro *Iniciación a la historiografía universal* (México, 1946), que nos da la pauta para conocer la idea que tuvo de la historia el maestro Rico. Contra el relativismo histórico y el historicismo se levanta el autor censurando a los historiadores que niegan la verdad objetiva, dado que las verdades históricas varían con las épocas. Pasa rápida revista a las escuelas que rechazan la cientificidad de la historia (Rickert, Windembald, etcétera) y censura asimismo el sistema marxista por su exclusivo determinismo (“lo

88 Julio Luelmo, *Los antiesclavistas norteamericanos. La cuestión de Texas y la guerra con México*, México, Secretaría de Educación Pública, 1947 (SepSetentas, 181).

89 Mauro Olmeda, *Sociedades precapitalistas*, México, [autor], 1961.

90 Mauro Olmeda, *El desarrollo de la sociedad*, México, [edición del autor], 1964-1967.

91 Julio Luelmo, *Breve historia de la agricultura en Europa y en América*, revisión y prólogo de Adolfo Vázquez Humasque, México, Atlante, 1958.

económico como base y fundamento de lo humano”). Para Rico la historiografía consiste nada menos que en estudiar la actitud que con respecto a la historia han adoptado los historiadores de las diversas épocas. Y la historia es el estudio de los hechos humanos cuya importancia produce cambios apreciables.

Analiza brevemente la historiografía clásica (grecorromana) y encuentra que a partir de Heródoto la narración obtiene carta de naturalización universalista fundamentada en que el historiador narra por el simple interés que tienen los hechos históricos. Pero Rico no cae en la cuenta de que el interés no es objetivo sino subjetivo, supuesto que es el historiador el que determina cuáles son los hechos interesantes y cuáles no.

La historia avanzó muy lentamente si es comparada con el progreso alcanzado por las otras ciencias; mas gracias a Ranke, Niebuhr y otros la historia se coloca en primera fila entre todas las manifestaciones de la cultura. Se comprende la satisfacción de Víctor Rico puesto que él, como historiador objetivo, imparcial, cientificista, está decidido, como lo estuvo el jefe de la escuela historiográfica positivista, a decir tan sólo lo que de cierto ocurrió. Esto se comprueba en seguida pues al estudiar en la segunda parte de su libro la historiografía medioeval comienza por adelantar lo que sigue: “hemos llegado [lector] a la parte más tediosa de nuestro estudio, la Edad Media”.⁹² Las obras históricas medioevales sirven únicamente, según Rico, como fuentes a las que hay que depurar críticamente para obtener algo de verdad, “un ‘algo’ personalmente muy reducido”.⁹³ Él no quiere percatarse de que la Edad Moderna se hizo *contra* la Edad Media y que en ese *contra* se hallan precisamente imbibitos los valores (entre ellos los historiográficos) impugnados por la modernidad. Por supuesto salva de la historiografía medieval la obra de Aben Jaldún (Ibn-Jaldún), por su teoría del medio geográfico, de los ciclos históricos y, sobre todo, por su filosofía de la historia que le permitió descubrir “leyes generales que honrarían a cualquier historiador moderno”.⁹⁴

A los años cuarenta pertenece también el segundo libro de Víctor Rico, *Historiadores mexicanos del siglo XVIII. Estudios historiográficos sobre Clavijero, Veytia, Cavo y Alegre*. Destaca entre los cuatro estudios el dedicado a Clavi-

92 Véase Víctor Rico González, *Iniciación a la historiografía universal*, México, Secretaría de Educación Pública, 1946, p. 71.

93 *Idem*.

94 *Ibidem*, p. 78.

jero, y en esto estamos totalmente de acuerdo con el prologoista, doctor Rafael García Granados, porque fue el que poseyó más talla de historiador y, especialmente, por su acendrado y nostálgico nacionalismo, aspecto emocional y patriótico que en las propias circunstancias del historiador Rico calaban muy hondo en su espíritu. En los años cincuenta y prosiguiendo la veta historiográfica mexicanista (nacionalista), Rico dio a las prensas *Hacia un concepto de la conquista de México*,⁹⁵ tema crucial para todo español, y más aún si se trata de un historiador residente en México, donde examina las ideas de siete historiadores mexicanos y las de un estadounidense (Prescott), con lo que Rico intenta una nueva valoración del acontecimiento histórico al margen de concepciones politizantes y partidaristas. Fue un feliz acierto incluir en su examen la *Historia de la conquista de México*, del historiador salemiano, cosa que no se hacía desde la primera mitad del siglo XIX, porque éste es ejemplo palpable de un tratamiento objetivo e impersonal (lo escribimos intencionalmente así) que a todas luces impresionó a Rico, por aquello mismo que expresó Goethe sobre las *Wahlverwandtschaften*.

La dedicación americanista e hispanista de Rico se patentiza en sus antologías de Juan Bautista Alberdi, Juan de Mariana y asimismo en su colección de documentos sobre la expulsión de los jesuitas (2 v.). Escribió también una *Filosofía del arte en España e Iberoamérica en el siglo XVI* (México, 1945) que desgraciadamente no hemos podido aún consultar.

Los historiadores formados en el exilio

No fueron muchas las vocaciones inclinadas a la historia dentro de los jóvenes exiliados, grupo que podemos considerar en dos secciones: la primera, la de los formados íntegramente en México, ya que por haber llegado muy pequeños realizaron todos sus estudios en el país, aunque la mayor parte de ellos se educó en colegios españoles; y la segunda sección, la conformada por aquellos que ya habían realizado en España los estudios medios e incluso habían iniciado los universitarios; es decir que llegaron aquí en plena juventud. Dentro del primer grupo podemos considerar a:

95 Víctor Rico González, *Un concepto de la conquista de México*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Historia, 1953. *Historia Mexicana* (58-59), 1965, p. 217.

Margarita Martínez Leal

Vino a México muy niña con sus padres, realizó la primaria y la secundaria en el Instituto Luis Vives y la preparatoria y los estudios profesionales en la Universidad Nacional Autónoma de México, donde se licenció en Historia en la Facultad de Filosofía y Letras. Se le deben diversos artículos y ensayos publicados en revistas especializadas como el *Anuario de Historia* de la Facultad de Filosofía y Letras (UNAM) e *Historia Mexicana* (El Colegio de México). Su obra fundamental hasta ahora: es *Posibles antecedentes de la intervención francesa de 1862, a través de las obras de viajeros franceses* (México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1963) y un penetrante ensayo “José Rizal” en el *Anuario de Historia* (abril de 1964).

María Teresa Vidal Hernández

Llegada asimismo con sus padres a México, siendo muy pequeña, cursó en el Colegio Francés de esta capital los estudios primarios, secundarios y preparatorios; se licenció en Historia en la Universidad Iberoamericana con la tesis intitulada *Revisión crítica a los comentaristas mexicanos en torno a los viajeros extranjeros en México* (México, Universidad Iberoamericana, 1969) y *El método histórico de M. Brioso y Candiani...* (1969) le sirvió como tesis para optar el grado de maestría en Historia en la UNAM. En la actualidad imparte clases en el área de Historia en la Escuela Nacional Preparatoria.

A ellas debemos también sumar a las siguientes: Antonia-Pi-Suñer;⁹⁶ Margarita Carbó⁹⁷ y Nuri Peña; las dos primeras egresadas del Colegio de Historia de la Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM y la última graduada en la UIA, quienes se dedican a la docencia en diferentes instituciones de enseñanza media.

96 Antonia Pi-Suñer Llorens, *La empresa evangelizadora en Filipinas a través de tres crónicas agustinas*, tesis de licenciatura en Historia, México, Universidad Nacional Autónoma de México, Facultad de Filosofía y Letras, Colegio de Historia, 1965.

97 Margarita Carbó Darnaculleta, *El magonismo en la Revolución Mexicana*, tesis de licenciatura en Historia, México, Universidad Nacional Autónoma de México, Facultad de Filosofía y Letras, Colegio de Historia, 1964.

Rafael Segovia Canosa

Cursó la enseñanza preparatoria en la Academia Hispano-Mexicana e ingresó a la Universidad Nacional Autónoma de México para estudiar Medicina: pero bien pronto abandonó la carrera para pasar a la Facultad de Filosofía y Letras donde estudió historia, recibiendo de licenciado con una tesis excelente intitulada *Tres salvaciones del siglo XVIII español*. Sin embargo, ha abandonado la investigación histórica y se ha dedicado a la ciencia política; es director del Centro de Estudios Internacionales de El Colegio de México y en la actualidad ocupa un cargo importante en esa especialidad en la UNAM.

Carlos Bosch García

Nació en Barcelona, España, en 1919, realizó sus estudios primarios y del ciclo medio en un instituto de su ciudad natal y los consolidó y amplió en Narbona y París. Comenzó sus estudios superiores en la Universidad Autónoma de Cataluña, los cuales, interrumpidos por la fratricida guerra civil, continuó en Oxford, Inglaterra. Llegado a México con la emigración republicana ingresó en el Instituto Nacional de Antropología e Historia y posteriormente estudió asimismo en la Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM. Terminada su formación profesional se graduó brillantemente de maestro (1945) y se doctoró en Historia (1960) en la UNAM y en el Instituto Nacional de Antropología antes citado. Fue becado por El Colegio de México (1948) para ampliar sus estudios y realizar determinadas investigaciones en la John Simon Guggenheim Memorial Foundation; poco después la Fundación Rockefeller (1950) le permitió poder continuar ahondando en la investigación emprendida.

El doctor Carlos Bosch García ha desempeñado importantes cargos docentes en las instituciones de cultura superior de México y a la fecha es profesor titular en la Facultad de Filosofía y Letras e investigador titular en el Instituto de Investigaciones Históricas de la UNAM. Ha tenido importantes puestos de responsabilidad, de índole administrativa, relacionados con la educación superior y con las ediciones de la Imprenta Universitaria; ha sido y sigue siendo miembro y asistente de los congresos y reuniones habidas en México y en el extranjero en relación con las ciencias históricas. Su bibliografía, como puede apreciarse al término de este estudio crítico, es extensa y el

contenido de la misma nos marca la inclinación decidida del maestro e investigador catalán por el apasionante problema de las relaciones diplomáticas entre México y los Estados Unidos (1819-1848), así como el no menos excitante sobre el fundamento histórico político y económico de la política exterior expansionista de Norteamérica a costa de México. Resulta curioso, por lo que tiene de proceso personal evolutivo, el hecho de que Carlos Bosch García, que había comenzado sus tareas de investigador con una obra histórico-antropológica, *La esclavitud prehispánica entre los aztecas* (México, 1944), cambiase el rumbo de su interés y se dedicase al estudio de los problemas diplomáticos entre México y los Estados Unidos desde el punto y hora en que ambos países se enfrentaron. Así de 1947 son los *Problemas diplomáticos del México independiente*; de 1957, *Materiales para la historia diplomática de México*; de 1961, *Historia de las relaciones entre México y los Estados Unidos (1819-1948)*; de 1969, *Las bases de la política exterior estadounidense*, reeditada en 1975, y en 1983, *Documentos de la relación de México con los Estados Unidos (noviembre de 1824-diciembre de 1829). Volumen I. El mester político de Poinsett* (aclaremos para el lector no mexicano o norteamericano que Joel R. Poinsett fue el primer embajador estadounidense en México) y acaba de terminar un denso volumen crítico sobre la documentación y las comunicaciones diplomáticas del que fue en nuestro país el segundo embajador norteamericano, Anthony Butler.

Al lado de esta extremada y patriótica preocupación sobre las relaciones diplomáticas mexicano-estadounidenses, Carlos Bosch García se ha interesado por el fenómeno político dispersivo de Iberoamérica, una vez que el imperio español se desintegró, y nos ha entregado un libro clave comprensivo intitulado así: *Latinoamérica, una interpretación global de lo dispersión en el siglo XIX* (1978). No acaba con esto la inclinación historiográfica del acucioso e incansable historiador pues partiendo de la torcida tradición marinera de España a partir de la segunda mitad del siglo XVI, ha escrito y se halla en prensa, con pruebas ya a la vista, su *México frente al mar*, que consiste en el análisis dialéctico de la oposición entre la novedad marinera y la tradición terrestre, novohispana primeramente y mexicana después. Carlos Bosch García proyecta la realidad humana de los conquistadores y colonos sobre la realidad geográfica mexicana: hombre de tierra adentro de espaldas y extraños al mar.

El doctor Carlos Bosch García, cuyas expertas opiniones en materia diplomática son tenidas en cuenta en las altas esferas administrativas y políticas del país, y cuyos conocimientos en historia diplomática fueron y siguen siendo utilizados para preparar a los jóvenes estudiantes de ciencias políticas y de relaciones internacionales, había encontrado desde la década de los cuarenta el tema de su vida como investigador. En un prólogo al lector escrito en su segundo libro, el de 1957, describe el historiador el proyecto y los pasos formales que piensa dar para darle cumplido fin. Afirma que el *Material* diplomático que en esta su segunda obra presenta sintetizado, conforma una colección documental, fiel e imparcial, a disposición de los futuros investigadores. Él mismo afirmaba por entonces que más adelante tenía la intención de empezar una serie de estudios monográficos en los cuales daría su interpretación; pues bien, todo lo escrito posteriormente por el investigador sobre su tema favorito ilustra el anuncio adelantado: estudio del problema fronterizo (México-Estados Unidos); la independencia de Texas: la transcontinentalidad estadounidense; la colisión de dos culturas, de dos economías, de dos psicologías, de dos conceptos diferentes de la vida, la Doctrina Monroe, el Destino Manifiesto y la secuela imperialista norteamericana. Todo esto y aún más ha sido abordado, ahondado y clarificado por el historiador catalán, cuya obra representa la mejor y más útil, tesonera y desprendida ofrenda de un exiliado español a su patria de adopción; pero podemos añadir que el norte que lo ha guiado y guía en tan importante empresa no es solamente su agradecimiento a México, sino también su fidelidad a la España republicana y, con ella, a su Cataluña natal.

*Juan Antonio Ortega y Medina*⁹⁸

Juan A. Ortega y Medina, malagueño, nacido en 1913, hizo sus estudios primarios y medios en su ciudad natal, Málaga, donde llegó a iniciar los universitarios que fueron interrumpidos por la Guerra Civil Española, al incorporarse al ejército republicano. Como miembro de ese ejército asistió a la Escuela de Guerra de Lorca (Murcia), donde hizo la instrucción técnica del arma de Artillería y recibió el despacho de teniente en campaña. Como tal, participó en diferentes acciones guerreras y en combate fue herido de

98 El autor de esta semblanza biobibliográfica y crítica es el doctor Carlos Bosch García.

gravedad dos veces. Terminó la guerra y salió a Francia donde frecuentó involuntariamente los campos de concentración hasta que pudo llegar a México en julio de 1940.

Estudió la licenciatura en Historia en la Escuela Normal Superior de México, e hizo la maestría y el doctorado en Historia (1952) en la Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM, donde es maestro titular e investigador en el Instituto de Investigaciones Históricas. Con anterioridad a su entrada a la Universidad Nacional hizo el recorrido obligado para cuantos a estos quehaceres nos dedicamos, prestando sus servicios docentes en el Instituto Luis Vives y en varios planteles de enseñanza media de la Secretaría de Educación Pública.

Ha sido miembro del Consejo Mexicano de Historia; ha viajado al extranjero (Estados Unidos y Alemania) para investigar en temas de su interés y presentar ponencias en congresos internacionales de historia y también ha participado en los de México. Ha sido el primer español naturalizado mexicano que fue elegido por unanimidad Académico de Número de la Academia Mexicana de la Historia que hubo de reformar sus estatutos para permitirle ocupar el sillón once.

Su aporte académico tiene dos aspectos: primero el de la docencia y después el de la investigación. En aquél, con el recorrer de los años, aparece como uno de los más distinguidos profesores de la Facultad de Filosofía y Letras, cuya docta y justa palabra resuena en las aulas con exquisito y suave acento andaluz, y es aceptada con el mayor respeto por una a la fecha muy crecida cantidad de alumnos. Sus conferencias, eso son sus clases, han mantenido el interés y la curiosidad del auditorio, y versan sobre las asignaturas de Historiografía General; el Imperio Español, Siglos XVI y XVII; Reforma y Contrarreforma; mientras que del seminario que dirige en estudios graduados surgen constantemente las tesis de maestría y doctorado elaboradas por sus alumnos. Todo ello se complementa con cursillos y ponencias, presentadas en universidades de provincia y en algunas del extranjero, que contribuyen a la divulgación de sus temas preferidos, tales como los viajeros extranjeros en México, la historiografía mexicana del siglo XIX, que propiamente inició, al analizar la persona y la obra de don Carlos María de Bustamante. Si nos fijamos en los títulos de las conferencias tendremos una visión de la amplitud de intereses y de la curiosidad que ha tenido el distinguido profesor, que cubre desde el siglo XVI hasta el XIX en la historia de México.

Pero los artículos y las conferencias no fueron sino un largo esfuerzo dirigido hacia la puesta en marcha de trabajos mayores y de ellos se desprendió la tarea trascendente. Inacabable resulta la lista escrita de sus obras que consta en la bibliografía anexa. Se destacan a nuestra manera de ver algunos de los libros: en su preocupación historiográfica importan el prólogo a William H. Prescott, *Historia de la conquista de México* (México, Porrúa, 1970); el estudio preliminar al *Ensayo político sobre el Reino de la Nueva España* de Alejandro de Humboldt (México, Porrúa, 1966), y el prólogo a *Cronistas e historiadores de la Conquista de México* de Ramón Iglesia (México, SepSetentas, 1972), juntos con el artículo “El historiador D. Carlos María de Bustamante ante la conciencia histórica mexicana” (*Anuario de Historia*, Facultad de Filosofía y Letras, UNAM, n. 3, 1963).

Estos trabajos son símbolo de la acuciosidad y precisión del investigador que presentamos, pero su obra fundamental se relaciona con el choque entre la filosofía del protestantismo y del catolicismo. Es un tema amplio en que Ortega alcanza niveles de más importancia, sin que ello reste a la tarea puramente historiográfica y al análisis de los viajeros que vinieron a México y que, de hecho, ayudaron a la maduración y preparación del profesor para la nueva empresa.

México en la conciencia anglosajona, en los dos volúmenes publicados por Porrúa y Obregón, en México, el año de 1953, es el punto de partida que fragua ese interés de que hablamos en *Destino manifiesto* (México, SepSetentas, 1972) y que florece en *La evangelización puritana en Norteamérica* (México, Fondo de Cultura Económica, Tierra Firme, 1976).

Los tres volúmenes responden a la controversia existente entre protestantes y católicos que condiciona la política del mundo anglosajón y del Imperio español que entran en conflicto, mismo tema que tratará en su último estudio en prensa *El conflicto anglo-español por el dominio oceánico (siglos XVI y XVII)*, libro que todavía no conoce pero que por conversaciones amables habidas con Ortega considero corolario del asunto por tanto tiempo preparado y elaborado.

El investigador muestra su personalidad de estudio con metodología rigurosa y trabajo al desdoblarse su quehacer entre la tarea monográfica relacionada con la historiografía y su preocupación obsesiva del tema de envergadura y trascendencia, en el que mezcla la historiografía y la historia de las ideas, autodefiniéndose así como otro miembro de la escuela iniciada por el

maestro José Gaos, que siguieron Ramón Iglesia, Edmundo O’Gorman y Leopoldo Zea.

Como para muestra un botón, y en vista de los límites de espacio que tenemos, ofrecemos nuestro análisis de la obra que hasta ahora consideramos cumbre en el fecundo escrito. Sirva su bibliografía completa para afirmar cuanto en las líneas precedentes hemos esbozado apenas.

La evangelización puritana en Norteamérica representa ese verdadero interés mayor en la aportación histórica de Ortega. Concibe la historia en grande al abordar lo que por siglos ha perturbado el quehacer histórico y que viene creciendo desde los esfuerzos antecedentes. El conjunto, con certeza, le sirve para preparar su siguiente libro, todavía en prensa, al que ya nos referimos en líneas arriba.

El contenido de la labor presente resulta de complejidad superior a lo anunciado en el título pues va en busca de los contrastes de fondo histórico que separan la evangelización y la colonización de Norteamérica de la de Latinoamérica. El solo planteamiento opone el mundo sajón al mundo latino al diferenciar las dos filosofías que inspiran y determinan la actuación, que de ambos universos se depende en el continente americano. El tema americano sirve para ir más allá: en busca, con éxito, del fondo de las dos filosofías, de base religiosa y moral de la cultura occidental, que se proyectaron a nuestros confines.

Con sensible certidumbre andaluza, Ortega y Medina diseña los valores de los pobladores blancos del continente norteño y los contrasta hábilmente con aquellos que condicionaron la acción en Iberoamérica.

El uso de los distintos instrumentos conceptuales empleados al principio no tenían todavía una diferencia grave cuando los protestantes y los católicos intentaron incorporar la novedad americana al tradicional esquema occidental; pero el desarrollo dispar de esos instrumentos provocó el nacimiento de la leyenda negra en contra del Imperio español, y su razón de ser, o de no ser, constituyó el meollo del estudio. Con excelencia, contrasta Ortega y Medina el punto de vista humanístico renacentista y también de identidad que hacen por un lado los frailes desde su postura tradicional católica, al conjugar rezagos medievales, elementos “seudorrenacentistas” y la aparición de novedades pictóricas de la vida precolombina que surgieron de los grabados de Valadés. Por su lado los protestantes también evaluaron los acontecimientos del descubrimiento con la postura estética del “Renacimiento nórdico”, con

los grabados de De Bry y trataron de incorporar el mismo exotismo americano a la cultura cristiana europea, con la preocupación de tranquilizar su conciencia cristiana ante la presencia de los nuevos hombres (los indios), que no eran hombres nuevos, porque la novedad americana tenía que resolverse por el camino de la identidad genésica con el Viejo Mundo; pero con signos contrarios debidos a la exigencia que imponían la necesidad y la voluntad histórica y estética de primer orden.

Con esto, plantea Ortega el anacronismo de cronología habido entre las dos conquistas. La una puede considerarse parte de un Renacimiento que todavía arrastra muchos elementos medievales y la otra partió de la Reforma (“Renacimiento nórdico”) que, de por sí, definió la postura frente a Dios y al papado.

El equilibrio, la medida y la pureza de estilo que caracterizan los escritos de Ortega están patentes en todos sus libros que definen su propia identidad y carácter, cualidades fundamentales en el buen historiador. Con altura aborda en el desarrollo de su temática, el crecimiento de la leyenda negra y los contrastes que lo animaron durante los siguientes siglos. Es así como se adentra en la problemática de las teologías contrapuestas por sus métodos de catequización; en la calidad del buen y mal salvaje que sirve de base para la expansión de los Estados Unidos, al imponerse la postura puritana por medio del mandato evangélico y la destrucción de los indios y el uso de la novedad mercantil en su evangelización resultante en la crítica y el racismo que dificultó el método puritano aplicado.

Del manejo del problema del indio por la filosofía puritana, Ortega desprende con habilidad inusitada los problemas modernos de los Estados Unidos, pues en nada mejoró la situación planteada con el correr del siglo XIX cuando afloraron los conceptos de poder, de Destino Manifiesto y de Doctrina Monroe, teorizantes y consecuentes con los mismos conceptos filosóficos usados en los siglos anteriores a la conquista y la colonización, mismos que mantuvieron el enfrentamiento con el Imperio español que tanto vituperaron en ese siglo para, ayudando a su caída, extenderse luego sobre los territorios tomados, acto que justificaron con el Destino Manifiesto. A la vista, el proceso se completó con la guerra de Cuba que lanzó a los Estados Unidos a la expansión mundial del fin de siglo. Así se puso término a la discusión con el Imperio español para seguir chocando con los demás países coloniales. Lucha, toda, que se abrigaba en la misma filosofía que se

amoldaba en los constantes corolarios de la Doctrina Monroe y en las enmiendas a la Constitución estadounidense, según era necesario. La importancia del proceso radica en que se apoyó en el contenido filosófico, que hizo posible el estallido, sintomático, de la guerra civil de mitad del siglo y el culminar de la Revolución Industrial. Ambos fueron los sucesos de arranque para la vida moderna norteamericana que, si bien contienen mucho de economía no es esa economía, como vimos, la única determinante del espíritu y de la manera de actuar de los norteamericanos. Dice Ortega: “nosotros recelamos mucho de la matemática estadística aplicada a la historia debido al terrorismo científico, objetivo y pues *exacto* (?) de las conclusiones que los operadores obtienen” (p. 221), pues no cree que por ese camino, desgraciadamente en boga en los últimos años, se logren conocimientos absolutos de los hechos humanos que son fundamentalmente cualitativos, pues de otra manera sólo resultarían inhumanos y muertos.

Ortega y Medina muestra así sus preocupaciones y va en busca de las explicaciones más amplias generales y congruentes, pues, de otra manera, como decía Ramón Iglesia, “¿y qué?”, y hace hincapié en que el historiador necesita mucho más que de simples hechos, pues tiene que participar en su versión histórica la *persona toda*, junto con su cultura y su vivencia en los resultados que obtiene y, precisamente por ello, la versión histórica no puede ser definitiva.

Por esto, Ortega, y ello va en su alabanza, ha puesto el dedo en la llaga al insistir como conclusión en la falta de identidad histórica de los Estados Unidos cuando afirma: “Norteamérica se da ya cuenta de que para llegar a ser plena, espiritual y vitalmente americana (no sólo de nombre) necesita saturarse de pasado, cavar sobre él, revivirlo y asumirlo: pero de un pasado que no sea, como hasta ahora, simple trasplante europeo: necesario, sin duda, mas no único”, porque no ha visto hacia atrás y desdeñó a los hombres del territorio que precedieron a los actuales (p. 322): de ahí el interés de muchos estudiosos americanos en asomarse a la historia de Iberoamérica.

Pero la obra que analizamos muestra otro aspecto del investigador que se perfila cuando analiza con sensibilidad los grabados del holandés Teodoro De Bry, que publicó, en grabado, las acuarelas de John White y las escenas de la vida indígena captadas por el francés Jacobo Le Moyne, cuya popularidad atribuye a la habilidad artística del extraordinario grabador flamenco. “Las series de grabados [nos dice este andaluz] tienen para nosotros un valor

histórico artístico de primer orden. Más que pieles rojas, los personajes grabados se asemejan a senadores de la antigua Roma y la musculatura y poses de ciertos caciques y jefes indios, así como algunos agrupamientos y escenas, recuerdan a los grandes cuadros y frescos del Renacimiento italiano y nórdico [p. 29].”

Y dice además: “considerando ahora los famosos grabados debryianos, al margen de sus implicaciones denigratorias y propagandísticas, es indudable que son bellísimos, de factura impecable, y acusan una viril y segura mano en cuanto al firme trazo de las estéticas figuras. El piel roja, el indio norteamericano, el buen salvaje, penetra así en la conciencia protestante europea, en la anglosajona primordialmente, al amparo ético y estético de la interpretación renacentista nórdica y moviase con agilidad compasiva y a la par gustosa bajo este seguro, encantador y candoroso (musculoso) desatuendo protector” (p. 31).

Ese indio de hermosa figura, fuerte, musculoso, de prócer estatura e inocente desnudez, sin embargo, por la voluntad de De Bry, muestra “carencia de profundidad comprensiva, escasez de comprensión: indiferencia frente a una auténtica y amorosa aproximación cristiana: falta de cariño, en suma, para el hombre salvaje despotenciado y caído, ahistórico y satanesco. La incorporación del indio por la sola vía añorante de la estética clasicista no fue suficiente para salvar al ente piel roja abyecto y pecaminoso, formado treinta años después por la conciencia religiosa puritana [...] los esfuerzos estéticos para inventar un ente americano adecuado y encajable en el esquema histórico-teológico del protestantismo anglosajón resultaron desgraciadamente inoperantes” (p. 31-32).

Con esta presentación y evaluación estética de los grabados de De Bry, que penetra hasta su espíritu, Ortega contrasta los grabados atribuidos a fray Diego Valadés con el mismo primor en esta forma: “laboriosamente trabajados con firme y gracioso punzón y en donde lo medieval, lo humanista y lo indigenista se muestran perfecta y deliciosamente sumados y mezclados”. Por supuesto si hubieran reparado los críticos norteamericanos en el artista mestizo de las ilustraciones de la *Rhetorica christiana*, hubieran visto que era

extraordinario no sólo como grabador sino como hombre de letras y evangelizador de indios [...]. Habrían caído en cuenta de que en esta primera obra gráfica, por decirlo así, sobre el mundo y hombres americanos,



las ilustraciones no son grotescas ni burdas y que en punto a maestría artística no desmerecen nada frente a las de De Bry [...]. Valadés al igual que De Bry sabe dibujar desnudos y musculosos indios (paganos) y además indios togados (catecúmenos y cristianos) en lugar de tilmados [...]. La maestría en ambos es indudable, mas el buen fraile incorpora alegóricamente al mundo indígena dentro del esquema cristocentrista de redención: romanos, judíos, godos e indios afligidos contemplan la crucifixión del Señor y en el grabado que representa la Creación ocupan los indígenas el lugar jerárquico que les corresponde como seres creados por el Todopoderoso.

He ahí la muestra de la sensibilidad de que es capaz el historiador malagueño al analizar una apreciación estética para obtener una conclusión certera.



INSTITUTO
DE INVESTIGACIONES
HISTÓRICAS